

**DEL ENCUENTRO CON CRISTO  
A LA MISIÓN ECLESIAL**

**El carisma misionero de M. María Antonia París**

**JUAN ESQUERDA BIFET**

## ***PRESENTACIÓN***

Nuevamente os presentamos un folleto sobre la Madre Fundadora. En esta oportunidad ha sido Mons. Juan Esquerda Bifet, Director del Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM), el que respondiendo a la petición que le hicimos, ha reflexionado sobre el *carisma misionero de M<sup>a</sup> Antonia París*.

En su lectura descubrimos un estudio bien fundamentado en los escritos que tenemos de la Madre,. Analiza en la primera parte *su vida al servicio del Evangelio*, nos dice que *fue un alma que predicaba con el Evangelio en la mano, ése era su ideal, el cual quiso contagiar a sus hijas – misioneras Claretianas- para una renovación de la Iglesia al estilo de los Apóstoles y de la primera comunidad de Jerusalén*.

En la segunda parte describe *el itinerario espiritual de una vida misionera*, analiza su vivencia de encuentro con Cristo, dejando que ella misma nos hable de su experiencia espiritual.

Creo que el contenido de estas páginas puede darnos un nuevo impulso misionero, son una invitación a profundizar en el carisma evangelizador de M<sup>a</sup> Antonia París y a dejarnos transformar por el Evangelio para anunciarlo a todos.

Agradecemos a Mons. Esquerda este trabajo que nos ofrece y la dedicación e interés que ha tenido en la profundización de la Madre Fundadora.

Eusebia Pizarro, rmi.  
Superiora General

Roma, 7 de abril de 1996  
Resurrección del Señor

## INTRODUCCION

Todo creyente en Cristo ha sido “tocado” por él, por su palabra y por su presencia, y ha quedado marcado para toda la vida de modo irreplicable para una misión que sólo él puede desempeñar. Esa realidad, la persona llamada no es siempre plenamente consciente ni madura, sino que entra en un proceso lento de simplificación, a través de silencios y soledades transformadas en amor, para llegar a ser sólo transparencia de Cristo ante Dios y para los demás. Es el proceso de oración, perfección y misión.

Madre María Antonia París no es una excepción, sino que es un caso peculiar, de cómo cada uno es amado peculiarmente por Dios. Ella tuvo una primera experiencia fuerte de Jesús Crucificado que la marcó para toda la vida. Constantemente y por medio de los acontecimientos que siempre dirige la Providencia, ella fue redescubriendo, profundizando y explicitando la primera experiencia, con gracias nuevas Del Señor. Era como un volver al “primer amor” (Apoc. 2,4), a veces de modo doloroso y siempre para ser sólo transparente e instrumento vivo del Evangelio.

Se puede decir que el resumen de su vida consiste en ser “olor de Cristo” y de su Evangelio (2Cor 2, 15). Es esa misma vida la que ella deja reflejada en sus escritos, redactados con el corazón en la mano, y que manifiestan un enamoramiento apasionado por Cristo y por su Iglesia, siempre con María Inmaculada y como ella. Su fisonomía espiritual, deja entrever unos rasgos que la señalan como alguien peculiar al servicio de la comunidad eclesial y humana.

He querido resumir la figura de M. Antonia con este título: “Del encuentro con Cristo a la misión eclesial”. Después de leer sus escritos y algunos estudios realizados por personas competentes (que cito en la bibliografía), me ha parecido ver actualizado en ella el texto evangélico de la vocación apostólica; Jesús “llamó a los que quiso... para estar con él y para enviarlos a predicar” (Mc. 3,13-14).

Me parece que inspirándose en esta figura eclesial extraordinaria, muchos cristianos y personas consagradas se sentirán llamados a poner en práctica la invitación del Papa para el tercer milenio: “En el 2000 deberá resonar con fuerza renovada la proclamación de la verdad. “Nos ha nacido el Salvador del mundo” “(Tertio Millennio Adveniente, n. 38).

### **Datos cronológicos básicos: María Antonia París.**

1813: Nace el 28 de junio en Vallmoll, Tarragona.

1826: siente por primera vez la llamada de Dios en la Misión que predicaban los P.P. Franciscanos en Tarragona.

1841: 23 de octubre ingresa en el Noviciado de la Compañía de María, en Tarragona.

1842: Tiene la Visión Inicial, en la que el Señor comienza a manifestarle la obra que desea llevar a cabo por su medio. Ofrece su vida por los males de la Iglesia.

1850, mes de enero: primer encuentro con Mosén Claret, facilitado por su Director Espiritual, el Canónigo Caixal.

21 de abril de ese mismo año: viste el Hábito en el Noviciado de la Compañía de María, después de una espera de 9 años debida a las circunstancias políticas adversas por las que atravesaba España.

1851: 28 de enero: abandona la Compañía de María, junto con Florentina Sangler, connovicia suya. Luego se le unirán otras jóvenes a las que ella admite y prepara para la fundación .

15 de agosto de 1851: hacen voto de no separarse y atravesar los mares.

1852: 22 de febrero: embarca para Cuba con sus compañeras, llamadas por el Arzobispo Claret.

26 de mayo arriban a Santiago de Cuba después de una larga y peligrosa travesía.

1855: 25 de agosto: funda con San Antonio María Claret el Instituto de Religiosas de María Inmaculada.

El 27 del mismo mes hace su Profesión Perpetua en manos del Arzobispo Claret.

1859: vuelva a España, llamada por el Confesor de la Reina, Arzobispo Claret, para fundar una Comunidad en Tremp, Lérida.

1867: el 12 de julio sale de Tremp para llevar a cabo la fundación de Reus, Tarragona.

1872: el 22 de diciembre autoriza la fundación de Baracoa, Cuba.

El 12 de septiembre del mismo año es constituida Superiora de la nueva fundación de Carcagente, Valencia.

1879: en julio vuelve a Reus. Aquí permanecerá hasta su muerte.

1884: el 3 de febrero se recrudece la enfermedad que desde muchos años la viene aquejando y se ve obligada a instalarse en la enfermería.

**1885: el 17 de enero muere santamente en Reus.**

Sus restos permanecen incorruptos durante muchos años, hasta que en 1936 las hordas profanaron su sepulcro. Actualmente reposan en la Capilla de la Comunidad de Reus, Tarragona.

**I**  
**Una vida al servicio del**  
**Evangelio**

## **1. Una vida convertida en evangelio vivo**

La vida de María Antonia París discurre dentro del siglo XIX (1813-1885). Nace en Vallmoll (que por entonces tenía 827 habitantes, cerca de Valls, Tarragona, el 28 de junio de 1813. Allí se había refugiado su madre, que residía en Tarragona, huyendo de los desmanes de las tropas napoleónicas en retirada. El día de su bautismo (29 de junio, fiesta de San Pedro y San Pablo), será para ella un punto de referencia y de inspiración para su carisma particular de vivir el Evangelio a imitación de la vida de los Apóstoles.

Son pocos los detalles que se conservan sobre su infancia. Su padre, Francisco París, agricultor económicamente acomodado, había muerto tres meses antes de nacer ella. Su madre, Teresa Riera, procuró la educación de sus dos hijas (Teresa y Antonia) en un ambiente familiar. Antonia hizo la primera comunión a los 9 años (1822). La madre se casó en segundas nupcias y dejaría a Antonia en la casa de la hermana mayor ya casada.

En sus escritos, Antonia se refiere con cierta frecuencia a su infancia y juventud, sin detallar demasiado. Habla de su devoción por la pasión de Jesús y de su amor y reverencia por las cosas santas y, concretamente, por los sacerdotes. No hay que olvidar que, en esa época y en Cataluña, a pesar de las dificultades políticas y sociales, tiene lugar un gran florecimiento de santos y fundadores.

Frecuentemente añora esos años que, vistos desde la edad adulta, le parecían de más entrega y fervor. “Me enseñó Dios lo más acendrado de la perfección tan pronto como le conocí; ¡qué mortificación tan perfecta!... ¡qué amor más puro e intenso a Cristo crucificado! Todos mis deseos eran la santa cruz y el vivir y morir crucificada con Cristo” (Recuerdos, 1ª, 1).

A sus 13 ó 14 años, quedó impresionada durante la misión dirigida por los padres franciscanos de Escornalbou. Sería por los años 1826 ó 1827. Es entonces cuando se decide consagrarse totalmente a Dios. Su salud fue siempre endeble y estuvo enferma especialmente el año 1828, también debido a ayunos y penitencias. Esta dirección espiritual fue muy intensa los primeros años de vida consagrada y de fundación, y continuó después de algún modo, al menos por medio de cartas o de escritos autobiográficos (casi hasta 1872).

Ingresó como postulante en el convento de la Compañía de María (Tarragona), el 23 de octubre de 1841, cuando tenía 28 años. Su “postulantado” duró 10 años, debido a que las leyes civiles prohibían la admisión en las órdenes religiosas. Tomó el hábito en 1850. Durante esos años vivió intensamente la vida religiosa claustral, dedicándose también a la enseñanza de encajes en el Colegio de las religiosas y a la enfermería. Quedó profundamente marcada por el estilo de vida claustral de la Compañía de María de esa época, y recordó con frecuencia y con agrado su labor en la enseñanza. Siempre guardó un gran aprecio por esta institución religiosa.

Durante todos estos años fue dirigida espiritualmente por el canónigo Caixal. Esa dirección le ayudó principalmente para ir discerniendo su vocación y para interpretar una gracia especial que recibió el Señor y que la marcó para toda la vida. Fue el año 1842, todavía postulante, cuando tuvo la visión (intelectual) de Jesús crucificado, que le manifestó su profundo dolor por los males que sufría la Iglesia.

Téngase en cuenta que, durante aquellos años, las órdenes religiosas habían sido disueltas en España, muchos Obispos desterrados, los bienes de la Iglesia confiscados... Era una llama a vivir la fidelidad al evangelio, al estilo de los Apóstoles. A partir de entonces tuvo otras visiones complementarias (imaginativas), de las que daba siempre cuenta en la dirección espiritual. En ellas entendió que San Antonio María Claret (por entonces predicador popular, pero que ella no conocía) tenía que ser el varón apostólico que fundaría los misioneros y misioneras que se requerían para la reforma eclesial, especialmente de la vida sacerdotal y de la vida religiosa.

En 1848, todavía “postulante”, su director espiritual (Dr. Caixal) le ordena escribir las Reglas de la reforma (para hombres y para mujeres). Antonia comunicó a su director espiritual que el Señor le había dicho que el P. Claret debería reunirse en comunidad con otros misioneros para dedicarse a la predicación. Del hecho, el P. Claret había ya iniciado un grupo de misioneros en 1849, que más tarde serían organizados como religiosos, especialmente cuando el santo regresaría de Cuba (en 1857). El Dr. Caixal preparó un encuentro de M. Antonia con el P. Claret, entre el 8 y el 23 de enero de 1850, en el que ella le expone su intuición y él le garantiza que se llevará a cabo por ser obra de Dios y “que sí se haría” (Autobiografía, n. 61). Fue en ese mismo año cuando M. Antonia recibió el hábito dentro de la Compañía de María y se preparó para la profesión religiosa (que no tendría lugar). A pesar de las instancias del Dr. Caixal para una solución más concreta, el P. Claret salió para Cuba, como arzobispo de Santiago, el mismo año de 1850, sin decidir sobre el caso de M. Antonia.

Por consejo de su director espiritual, el Dr. Caixal, que consultó con el Padre dominico Maestro Tomás Gatell, M. Antonia salió del noviciado (antes de profesar), el 28 de enero de 1851, junto con una connovicia, Florentina Sangler, para vivir en oración y discernimiento hasta que la voluntad de Dios se manifestara claramente. Las dos exnovicias organizaron un pequeño grupo con otras tres jóvenes. Durante el mismo año, el arzobispo Claret, ya en Cuba, ofrece al Dr. Caixal la posibilidad de fundación. Invitada por Claret, M. Antonia se embarca con su grupo (cinco en total) en el puerto de Barcelona, el 22 de febrero de 1852, para llegar a Santiago, después de una travesía muy accidentada, el 26 de mayo. Se pudo celebrar la primera Eucaristía en el oratorio de la comunidad el 13 de junio del mismo año. La clausura y la escuela de niñas se inauguraría en junio de 1853, todavía sin fundación propiamente dicha.

Mientras se tramitaba la erección del Instituto, llegaron a Cuba las primeras nuevas postulantes procedentes de Tarragona (15 de enero de 1854). En estos primeros años de Cuba, M. Antonia recibe luces y visiones sobre la Trinidad y sobre la reformar de la Iglesia, mientras el Señor la insta a colaborar en esa renovación, especialmente por medio de la

reforma de todos los sacerdotes y religiosos, que tendrían que dedicarse generosamente a la predicación y a la vida de pobreza.

La solicitud para la erección del monasterio (hecha por San Antonio María Claret el 20 de noviembre de 1850) es concedida por Pío IX con un breve del 27 de abril de 1855, recibido en Cuba el 16 de julio. El 27 de agosto, el arzobispo firma el decreto de erección del “Instituto Apostólico de la Inmaculada Concepción de María Santísima” (hoy “Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas”). La M. Antonia hizo la profesión religiosa, experimentando en la corona de las flores el peso de los males de la Iglesia. Las demás novicias profesaron el 3 de septiembre. M. Antonia fue elegida superiora.

Los años 1855-1857 son de gran actividad literaria para M. Antonia, sin dejar los agobiantes trabajos de la construcción y organización del convento y de la comunidad. Comienza a redactar las Constituciones, escribe los “Puntos para la reforma”, la “Autobiografía”, la “Relación” a Caixal, etc. “El Misionero Apostólico” tal vez fue escrito en 1859. Son escritos que tiene que redactar por obediencia a sus directores. Durante esos años de Cuba su director espiritual es el P. Paladio Currius (íntimo colaborador del arzobispo Claret).

San Antonio María Claret fue nombrado confesor de la Reina Isabel II y marchó a España en 1857, llevando consigo los “Puntos para la Reforma” (de M. Antonia). En esa travesía marítima, el santo redactó sus “Apuntes de un plan para restaurar la hermosura de la Iglesia” (con título posterior, “Notas para conservar la hermosura de la Iglesia”). Su labor episcopal en Cuba, especialmente por sus visitas pastorales y por su actitud martirial (el atentado de Holguín fue el 1 de enero de 1856), dejó allí una huella imborrable y marcó también los inicios del Instituto recién fundado.

En 1859, San Antonio María Claret, de acuerdo con el Dr. Caixal, Obispo de Seo de Urgel, invita a M. Antonia a regresar a España para fundar en Tremp. La segunda casa del Instituto se inaugura el 13 de junio. Allí va a residir M. Antonia (1859-1867), orientada espiritualmente por Caixal, aunque con correspondencia espiritual frecuente con Claret y Currius.

El P. Paladio Currius, el año 1860, llevó a Roma con permiso de Claret y Caixal, para presentarlos al Papa Pío IX, los “Puntos para la Reforma” y las “Constituciones”, con la pretensión de una aprobación global. Tal vez fue un gesto apresurado, con unos textos todavía no maduros (pobreza en cuanto a rentas y dotes, quinto voto de misión) y por el acento que quiso poner Currius en los fenómenos extraordinarios de M. Antonia. El Papa, sin rechazar el espíritu, no juzgó viables en la práctica concreta los “Puntos para la Reforma”. La Congregación de Obispos y Regulares, en carta del 8 de agosto de 1860, manifestó dudas sobre si la línea había de ser más benedictina (según la aprobación de la fundación en 1855) o más mendicante (por el rigor de los puntos de pobreza). Fue una prueba para todos y tal vez una de las causas de las dificultades que encontraría M. Antonia por parte de Caixal y Currius, al no saber distinguir entre el carisma y las expresiones circunstanciales del mismo. San Antonio María Claret y M. Antonia manifestaron su conformidad con la voluntad de Dios expresada por medio de la Iglesia. Pero las dificultades posteriores se convirtieron en una noche oscura para la fundadora.,

En 1867 (14 de julio) se inaugura la tercera casa del Instituto en Reus, que contaba entonces con unos 30.000 habitantes. La Madre residió en esa casa desde 1867 a 1875, y desde 1879 a 1885, Allí las religiosas experimentaron las dificultades de la revolución (1868), teniendo que refugiarse en el hospital (del 1 de octubre al 23 de diciembre), mientras Claret y Caixal habían sido desterrados de España. Los dos obispos participarían en el concilio Vaticano I (1869).



El 12 de junio de 1869, mientras Claret y Caixal se encontraban en Roma, Pío IX dio el decreto de alabanza, como Instituto de votos simples. La Congregación de Obispos y Regulares envió advertencias para corregir el texto de las Constituciones. San Antonio María Claret murió al año siguiente (24 de octubre de 1870).

El Instituto siguió con grandes dificultades, mientras se iban fundando otras casas: Baracoa, en Cuba (5 de septiembre de 1875; Carcagente, en Valencia (12 de septiembre del mismo año de 1875); Vélez Rubio, en Almería (24 de septiembre de 1880). La Madre residió en la casa de Carcagente desde 1875 a 1879. Mientras tanto, aumentaron las desavenencias con el P. Currius, hasta llegar a la ruptura, especialmente porque éste quería monasterios autónomos y M. Antonia quería un gobierno central. Con el Obispo Caixal, la ruptura había genio lugar en 1872 debido a actitudes personales de algunas religiosas de la casa de Tremp apoyadas por Curríus.

M. Antonia residía desde 1879 en la casa de Reus, desde donde dirigía el Instituto. El 3 De febrero de 1884 ingresó en la enfermería, donde moriría el día 17 de enero de 1885, sin ver aprobadas las Constituciones, sobre un jergón de paja y deseando unirse totalmente al Señor. En 1889 y 1920 su cuerpo todavía permanecía incorrupto. Las Constituciones serían aprobadas por León XII en 1901.

La vida religiosa de la Madre había discurrido así: postulante y novicia en Tarragona (1841-1851); en la casa de Santiago de Cuba (1852-1859); en la casa de Tremp (1859-1867); en la casa de Reus (1867-1875); en la casa de Carcagente (1875-1879); de nuevo en la casa de Reus (1879-1885). En todas partes fue un alma que predicaba “con el evangelio en la mano” (Puntos para la Reforma, n,41). Ese era su ideal, que quiso contagiar a sus hijas para una renovación de la Iglesia, al estilo de los Apóstoles y de la primera comunidad de Jerusalén.

## **2. ESCRITOS QUE REFLEJAN UN CORAZÓN ENAMORADO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA**

A través de los escritos de M. Antonia París es posible descubrir sus vivencias más hondas, que siempre se centran en Cristo y en el seguimiento evangélico según el modelo de los Apóstoles, para colaborar a que toda la Iglesia se renueve según este modelo apostólico.

En su “Autobiografía” (que describe los años 1842-1857), su “Diario” (desde 1857 hasta 1872) y su “Epistolario” (con cartas que van desde 1851 hasta 1884), se pueden recoger prácticamente todos los datos más importantes de su vida espiritual y de su actividad externa.

### **A) LA “AUTOBIOGRAFÍA”**

Se llama así el conjunto de dos relaciones autobiográficas, que abarcan el mismo período de tiempo: desde 1842 hasta 1847. La primera relación (escrita en 1856) describe su vida interior con sus luces y limitaciones. La segunda (redactada en 1857) narra, en el mismo período de tiempo, las vicisitudes externas personales y comunitarias. A estas dos relaciones hay que añadir la relación al Obispo Caixal (escrita en 1856) y algunos recuerdos complementarios.

Ambas fueron escritas por obediencia y tienen como objetivo ofrecer datos para el discernimiento por parte de su Director espiritual (Paladio Curríus). Es muy explícita y concreta en los detalles de las gracias recibidas, pidiendo que se la corrija si está equivocada, como quien espera una garantía por parte de la dirección espiritual.

La *primera relación*, escrita en la segunda mitad del año 1856, durante su estancia en Santiago de Cuba, narra sus experiencias espirituales durante los indicios de su vocación de “fundadora” (años 1842-1850, en Tarragona), así como las luces recibidas sobre la renovación de la Iglesia (especialmente de los años 1854-1855, en Santiago de Cuba).

Las luces recibidas sobre el estado de la vida religiosa quedan estrechamente relacionadas con las que se refieren a la renovación de la Iglesia. Su propia vocación está ligada intrínsecamente a esta realidad eclesial, manifestada por el Señor, para colaborar en la renovación de la Iglesia, manifestada por el Señor, para colaborar en la renovación de la Iglesia. Es difícil trazar la cronología exacta de esas gracias recibidas, porque el texto no tiene las características de una crónica.

Hay un dato que aflora en todo el documento: la experiencia de su propia pobreza y limitación, tanto para la fundación, como para colaborar en la renovación de la Iglesia. La experiencia profunda ante Cristo crucificado no elimina la convicción de los propios defectos y limitaciones.

La *segunda relación*, escrita en 1857, narra principalmente los acontecimientos externos durante el mismo período que la relación anterior. Son interesantes los datos que ofrecen sobre su vida: salida del convento de Tarragona, la primera experiencia del grupo inicial también en Tarragona, el viaje marítimo a Cuba, los inicios de la comunidad en Santiago de Cuba.

Esta segunda narración es más cronológica y ordenada. No deja de indicar las luces recibidas y el modo como que escribiendo las Constituciones y los “Puntos para la Reforma”. Es muy detallista al describir las dificultades que surgieron con ocasión de querer exigir la pobreza en la vida práctica y en cuestión de la dote de las religiosas.

Por el escrito se puede apreciar que no le faltaron contratiempos y oposiciones, especialmente por parte de D. Juan Nepomuceno Lobo, provisor del arzobispado de Santiago de Cuba. Pero en toda la narración se constata el buen espíritu, tanto por parte de ella como por parte de los demás. En todos sus escritos se nota siempre un gran respeto hacia las personas, especialmente para con los sacerdotes.

Al final hay unos apéndices con datos complementarios sobre luces recibidas. El conjunto de estos documentos autobiográficos abarca desde que tenía 29 años (en Tarragona) hasta sus 42 años de edad (en Cuba). El periodo posterior habrá de completarse con el “Diario” y el “Epistolario”.

La *Relación al Obispo Caixal* (escrita en 1856) tiene un estilo de amplia carta para comunicar algunas visiones y locuciones, especialmente la visión y locución que tuvo el día de su profesión religiosa (27 de agosto de 1855). El P. Curríus había comunicado aquella experiencia al Dr. Caixal y éste mandó a M. Antonia explicar lo acontecido. Algunos párrafos son repetición de la “Autobiografía”, pero detallando más la gracia recibida. Todo gira en torno a la “reforma” de la Iglesia. El Señor invitó a M. Antonia, como “esposa” suya, a colaborar en esta empresa con generosidad. Su profesión religiosa tenía, pues, este sentido de desposorio. La corona de flores de este día la experimentó como un inmenso peso, para compartir con Cristo el dolor por los males de la Iglesia su esposa.

A estos documentos autobiográficos hay que añadir algunos *recuerdos* y notas, escritos también por obediencia, que describen gracias recibidas durante su juventud, sin detallar los hechos concretos. Estas notas son complementarias de otros escritos ya entregados a su confesor. En esos recuerdos destaca el acento sobre la última venida de Cristo (el juicio final), como estimulante para acelerar la reforma de la Iglesia. No deja de contar sus propias limitaciones y las tentaciones habidas durante su juventud. Hay un texto de *oración de la mañana*, en el que pide especialmente por la Iglesia y se alude al cumplimiento de los cinco votos: además de los tres consejos clásicos, habría el voto de clausura y el de la disponibilidad de ir a donde disponga el Papa.

## **B) EL DIARIO**

Este escrito es también autobiográfico, en el sentido de reflejar su interioridad. Empieza la redacción el 14 de abril de 1857 (todavía en Cuba), para terminar en 1872 (en la casa de Reus). Es casi siempre de su puño y letra. Al principio se repiten algunos hechos ya narrados en la “autobiografía”. Son, pues, la narración de quince años de la vida de la Madre, desde que tenía 44 años de edad hasta sus 59. A partir de esa última fecha (que corresponde al año 1872), habrá que buscar los eventuales datos autobiográficos en el Epistolario, para llenar el relativo vacío desde 1872 hasta 1885.

En el Diario se refleja toda la interioridad de M. Antonia manifestando las luces recibidas, especialmente en su objetivo más que en sus detalles circunstanciales. Hay pocos datos autobiográficos externos. Al menos en parte, la redacción tiene en cuenta que va dirigido al Dr. Caixal, Pero, a veces, expresa que se considera abandonada por sus directores (año 1864).

Quienes dirigían su vida espiritual en esa época (Curríus y Caixal) deseaban saber con precisión cuál era la voluntad de Dios, manifestada a través de las luces recibidas por M. Antonia, sobre la renovación de la Iglesia. En la redacción, la Madre manifiesta frecuentes retrasos, debidos a su repugnancia por escribir pobre sí misma, mientras, al mismo tiempo, tenía que obedecer a la orden de sus directores.

Como en casos semejantes de personas que recibieron luces extraordinarias, hay que distinguir la verdadera inspiración proveniente de la gracia y las expresiones (psicológicas, culturales) que usa la persona receptora. Tanto en este escrito como en los demás, la Madre manifiesta sus dudas sobre la autenticidad de sus expresiones, y lo deja todo a juicio de sus directores. La personalización de las luces (“me dijo el señor”) es un caso frecuente en personales espirituales que recibieron gracias semejantes, sin que por ello haya de identificarse la gracia con las expresiones particulares, psicológicas, sociológicas e históricas. Esta observación puede ayudar para interpretar los anuncios concretos sobre San Antonio María Claret y otras personas (Diario, julio del año 1860)

En el Diario pueden apreciarse unas constantes doctrinales y espirituales, que se relacionan con la renovación de la Iglesia, como es el tema de la intimidad con Cristo en la Eucaristía (n. 100), la pobreza evangélica radical (n. 20), el desposorio con la Iglesia (n. 41), el dolor por los males inferidos a la Iglesia (nn. 18-19, 48, 69), el lugar de María Santísima (“Corredentora”) en la renovación eclesial (n.30), etc.

## **C) EL EPISTOLARIO**

El conjunto de 428 cartas, escritas entre los años 1851-1852 y 1856-1884, es un punto obligado para conocer la personalidad espiritual y apostólica de M. Antonia. La última carta

es del 24 de noviembre de 1884, dirigida a la superiora de Carcagente, dos meses antes de la muerte de M. Antonia. Son de mucha importancia para los datos biográficos las cartas entre los años 1872-1884, porque completan los datos que no ofrecen la Autobiografía (1842-1857) y el Diario (1857-1872). El Epistolario desde el año 1872 recoge los únicos escritos suyos hasta su muerte.

En el Epistolario se refleja ella misma espontáneamente, en relación con personas, acontecimientos e instituciones. Es ella en sus circunstancias concretas, reflejando con transparencia toda su interioridad, con sus limitaciones y cualidades. Sus sentimientos van aflorando a la par de la narración de los acontecimientos concretos, especialmente en todo lo que se refiere a la Institución religiosa.

Las cartas no son de dirección espiritual, que ella llevó a la práctica oralmente o por medio de sus escritos autobiográficos y el Diario. Pero su vida espiritual aparece tan diáfana en todos sus escritos, también en el Epistolario. En todas las cartas aparece la vida del Instituto religioso. Hay dos cartas a Pío IX y a León XIII, en las que señala claramente los fines del Instituto. Las demás cartas se dirigen a obispos, sacerdotes (capellanes, confesores, etc.), y de religiosas suyas, personas seculares relacionadas con el Instituto.

Se puede ver en el Epistolario a la M. Antonia viviendo el carisma específico de mujer de Iglesia, que quiere ser fiel a la llamada de Cristo Esposo, para renovar la comunidad eclesial por medio del seguimiento evangélico o vida de los Apóstoles, especialmente por parte de los sacerdotes (Obispos y presbíteros) y de los religiosos.

El temario que aflora es una constante de puntos básicos: pobreza evangélica, oración, oblación por la Iglesia... Es su vivencia cotidiana de la vocación eclesial. Se puede apreciar una fidelidad evangélica creadora, que es capaz de seguir las indicaciones de la autoridad eclesial y de proponer, al mismo tiempo, un dinamismo renovador y evangelizador. En este sentido amplía fronteras para la aplicación de la autenticidad evangélica. Las aplicaciones concretas, al ser circunstancias a modo de proyectos posibles, pueden ser discutibles, pero siempre son pequeños o grandes gestos proféticos al estilo de los santos de todos los tiempos. Ante la respuesta negativa de Pío IX respecto a algunos de esos puntos de aplicación concreta, M. Antonia reaccionó con humildad y obediencia (carta 51).

Al girar siempre en torno al Instituto, las cartas manifiestan una sensibilidad exquisita de "Madre". Tanto para defender la Institución como para dialogar con sus hijas. Ahí se armonizan la ternura materna comprensiva con la audacia y decisión justa.

El sufrimiento, transformado en participación en la cruz de Cristo, es un dato frecuente, siempre en armonía con la serenidad gozosa de quien vive con el corazón en paz para sembrar la paz. Es una constante en todos los fundadores: por los caminos más imprevistos, Dios se purifica de todo apego a los dones recibidos, también respecto a la propia obra, porque ésta es propiamente de Dios y no de ellos que son sólo los instrumentos responsables. Madre Antonia enfoca el sufrimiento hacia la renovación de la Iglesia, en sintonía con el amor de Cristo crucificado y en compañía de la Santísima Virgen.

## **D) "PUNTOS PARA LA REFORMA"**

Por obediencia a su confesor (P. Curríus), Madre Antonia escribió esos puntos de renovación eclesial el año 1855, terminando la redacción el día de la Inmaculada (8 de diciembre) del mismo año. De hecho se trata de la narración y de la explicación de la visión de Cristo crucificado (año 1842, en Tarragona), así como de las luces posteriores, especialmente de los años 1854-1855.

No es, pues, un escrito autobiográfico, sino una especie de programa a grandes trazos sobre el modo de renovar espiritualmente a la Iglesia como esposa de Cristo. No se trata de renovación de estructuras fundamentales, sino de vivencia más auténtica de los valores evangélicos por parte de los miembros de la Iglesia. Consecuentemente, ello comporta una renovación en cuanto a posesiones materiales o a honores y privilegios mundanos. La idea central de la renovación no es, pues, el campo de la fe, sacramentos o estructuras fundamentales de la Iglesia, sino la fidelidad al Evangelio, a imitación de la primera comunidad eclesial y de los Apóstoles.

El contenido tiene una dinámica que conduce necesariamente a la aplicación de los principios evangélicos: la renovación de la Iglesia es voluntad de Dios en todas las épocas y más en la actual; esa renovación tiene que ser orientada y promovida por el Papa (Pío IX); la renovación debe abarcar todos los estamentos eclesiales (Obispos, sacerdotes, religiosos, fieles); la línea de renovación debe ser por la práctica de la pobreza evangélica, que es radical en la vida sacerdotal y religiosa, y que siempre (también para los laicos) debe ser a la luz de las bienaventuranzas. Al final se describen las reglas básicas para el Instituto Apostólico que debe llevara efecto esa renovación.

Es importante observar el tono con que M. Antonia programa la renovación de Obispos y sacerdotes. La renovación eclesial no se podría llevar a cabo sin la renovación sacerdotal. Así, pues, los Obispos son invitados a vivir en comunidad con sus sacerdotes y en pobreza evangélica, dedicados a la predicación, al cuidado del Seminario y de sus sacerdotes, en un contexto de dedicación más eficaz a la acción pastoral y a la comunidad eclesial (especialmente por medio de la visita pastoral). Los sacerdotes están encuadrados en esa reforma episcopal, y deberán vivir vida comunitaria, asistir a retiros mensuales, conferencias, etc. M. Antonia propone programas concretos, incluso en cuanto a horarios y vigilancia para que se lleve a efecto la renovación (propone un delegado del Papa para cada diócesis).

Difícil dar un juicio de valor sobre estas líneas básicas de renovación, especialmente sacerdotal que, de hecho, son ahora las que se proponen en el concilio Vaticano II y en los documentos postconciliares (“Pastores dabo vobis”, “Directorio”), y que todavía no se llevan del todo a la práctica. Encontramos aquí una realidad constante en la historia de la Iglesia: el camino lento de la renovación, con propuestas hachas por los santos (o por el Magisterio), que frecuentemente tardan siglos en ponerse en práctica. Al mismo tiempo hay que reconocer que las sugerencias concretas propuestas por los santos no han sido siempre viables. Los “Puntos para la reforma”, de M. Antonia pudieron influir en los “Apuntes de un plan para restaurar la hermosura de la Iglesia”, publicados por San Antonio María Claret en Madrid el año 1857 enviados a los Obispos de España (escrito durante el viaje marítimo, de regreso a la península).

Pío IX leyó los “Puntos” de M. Antonia, aunque en un resumen que no se conserva, presentado al Papa y arreglado por el P. Currús, en el que parece se puso el tono en los fenómenos extraordinarios que piden tal renovación, sin pulir las sugerencias prácticas. El Papa, después de leerlo, devolvió el documento al P. Currús, para que dijera a San Antonio María Claret que no veía viable iniciar por Decreto papal una renovación eclesial en esos términos. No se rechazan las propuestas evangélicas, sino que se indica que la Jerarquía no puede imponer taxativamente y sólo por vía jurídica, lo que sigue siendo siempre una exigencia evangélica de toda la comunidad eclesial y especialmente de los sacerdotes y personas consagradas.

## **E) “EL MISIONERO APOSTÓLICO”**

Es un escrito muy breve, tal vez de 1859, antes que M. Antonia saliera de Cuba para España. Apenas existen datos para saber el por qué fue escrito. Quiere ser una especie de reglamento para los misioneros apostólicos. Corresponde a la inspiración de 1842, en la que captó la llamada de Dios para que se fundará el Instituto misionero en sus dos ramas, de hombres y mujeres. De hecho, el primer esbozo de “Constituciones”, que M. Antonia redactó en 1848 por orden de su director espiritual (Dr. Caixal), contenía también la regla para varones.

El tratadito se divide en dos partes: el misionero en su casa y el misionero en los viajes apostólicos. En el texto afloran datos importantes de espiritualidad a partir de la imitación de Cristo y de la intimidad con él, la figura evangélica del misionero se caracteriza por la oración, la pobreza, la entrega incondicional al ministerio pastoral. Es curioso todo lo referente a los detalles de la vida cotidiana, no sólo en cuanto a horarios precisos, sino también respecto a los detalles minuciosos de cocina en vistas a evitar gastos inútiles.

## **F) LAS CONSTITUCIONES**

El texto de las Constituciones redactadas en 1848 (en Tarragona), por obediencia a su director espiritual el Dr. Caixal, se ha perdido. Tampoco se ha encontrado la segunda redacción de 1855 ó 1856. La redacción más antigua de que disponemos actualmente es la tercera., de 1857, reordenada por el P. \_Curriús, que la entregó a San Antonio María Claret en julio de 1857. Posteriormente se abrevió esa redacción en un texto que el P. Curriús llevó a Roma (en 1860) y en otro texto todavía más sintético que constituye las “Reglas” publicadas en 1862 (síntesis hecha por la Madre en 1861). La redacción de 1870 (que se considera como la cuarta redacción) es la retocada y abreviada por M. Antonia, en Reus, siguiendo las indicaciones de Roma. Ya sabemos que la Madre murió sin poder ver las Constituciones aprobadas.

M. Antonia hace hincapié en la fecha en que redactó las primeras Constituciones (el 8 de diciembre de 1848, fiesta de la Inmaculada). Ella no usa la palabra “Constituciones, sino “Puntos” o “Apuntes fundamentales”, a modo de reglas para la rama masculina y femenina. El texto, que se ha perdido, fue entregado en Tarragona al Dr. Caixal, y sirvió de estímulo para que ésta escribiera al P. Claret invitándole a fundar los Misioneros., De hecho, el P. Claret ya había dado algunos pasos para la organización del primer grupo de predicadores. En la entrevista con M. Antonia (enero de 1850), el santo ya había leído el texto que le enviara anteriormente el Dr. Caixal.

Durante la redacción de las primeras Constituciones (1848). M. Antonia vivió intensamente la presencia de Cristo, como escribiendo el texto bajo su mirada (Cfr. Autobiografía 21). Durante este trabajo redaccional, tuvo también la visión de Roma, alborotada por muchedumbres amenazadoras. En realidad, Pío IX huyó a Gaeta en 1848, por causa de los motines populares en la ciudad eterna.

La redacción de las segundas Constituciones (1855 o 1856) fue por orden del Arzobispo Claret, después de la profesión de M. Antonia, para que pusiera los “puntos” anteriores más por extenso. Ya se había erigido la primera casa y había tenido lugar la profesión de las primeras religiosas. Se pidió copia del texto de las primeras Constituciones al Dr. Caixal (que lo había retenido durante aquellos años y que siguió reteniendo el original). M. Antonia dejó de lado el texto que se refería a la rama masculina y lo amplió ordenándolo mejor. Terminaría a finales de 1855 o inicio de 1856.

*La tercera redacción* de las Constituciones es del año 1857. Este es el mejor texto de referencia, especialmente por los *contenidos doctrinales*, puesto que los textos anteriores se han perdido y los posteriores son abreviaciones y retoques más bien organizativos y jurídicos. Es notable la síntesis y equilibrio entre oración y misión (Tratado 1, cap. 12, n.º 16, a imitación de Santa Teresa), así como la relación entre pobreza y acción misionera. Se detalla la oración mental de la mañana (una hora) y de la tarde (media hora), además de la lectura espiritual.

Son diversas las fuentes en las que parece inspirarse el texto, especialmente la doctrina de Santo Tomás de Aquino y de San Ignacio, así como las reglas de la Compañía de María, con las que M. Antonia siempre se sintió familiarizada. La reglamentación es muy concreta respecto a las religiosas (profesas de coro y de obediencia, y terciarias), a su formación y a la labor apostólica (educación y Ejercicios Espirituales a Señoras).

La fisonomía del Instituto, según esta tercera redacción de las Constituciones, es la que corresponde a una Institución de votos solemnes, en la línea de San Benito, con clausura papal, aunque también con la posibilidad de una labor apostólica educativa, en estricta pobreza (línea mendicante). Es importante notar el “quinto voto” (el cuarto es el de clausura, para estar dispuestas a ser enviadas donde el Papa indicara, al estilo de la Compañía de Jesús (Tratado 1, cap. 6).

Como hemos dicho anteriormente, este texto de la tercera redacción fue reordenado por el P. Curríus, para entregarlo a San Antonia María Claret en julio de 1857. Una redacción literal todavía más abreviada (“Reglas Fundamentales”), hecha por D. Dionisio González, Provisor de Santiago de Cuba, fue la que presentó el P. Curríus al Papa Pío IX en 1860. La Congregación de Obispos y Regulares, con carta de 8 de agosto de 1860, indicó algunas observaciones y redujo los votos a tres. Posteriormente con el Decreto de Alabanza (12 de junio de 1869), se enviaron unas advertencias para mejorar el texto. Para la ida a las misiones (en aquella época) se necesitaba el permiso de la Congregación de la Propaganda Fide. Todo ello sirvió para los retoques de una cuarta redacción hecha por la Madre (Reus, 1870), que insistía en los votos solemnes, aunque manifestando su disponibilidad para obedecer a las decisiones de la Santa Sede. La aprobación tendría lugar sólo en 1901, por León XIII.

Las Constituciones de 1920 calificarían definitivamente los votos como simples, evitando así el riesgo de la independencia de las casas, que tantos sufrimientos había causado a la Madre.

### **3. ALGUNOS RASGOS PECULIARES DE SU FISONOMÍA ESPIRITUAL**

La fisonomía espiritual de M. Antonia París se hace transparente a partir de la lectura de sus escritos. Se podría resumir en dos trazos fundamentales, *la acogida del don de Dios y la total donación de sí misma*. Pero esos trazos quedarán matizados por una actitud relacional con Cristo y con María, así como por el ansia continua de renovar la Iglesia por medio del seguimiento evangélico radical en vistas a una evangelización eficaz. De estos trazos hablaremos en la segunda parte de nuestro estudio, presentándolos en la perspectiva de un itinerario espiritual y apostólico. Ella es *mujer de Iglesia* así, especialmente desde el año 1842, en que su vida queda para siempre ofrecida a Cristo para su Iglesia.

Su *acogida al don de Dios* se expresa en su naturaleza de *mujer auténtica*, amante del silencio y de la soledad, que busca el consejo de los demás, atenta a los detalles de las personas, respetuosa, agradecida. De ahí nace su tenacidad, porque no se busca a sí misma, sino el hacer la voluntad de Dios, tanto en el campo de la contemplación como en el de acción.

No fue, propiamente hablando, una personalidad pública, pero su capacidad de escucha a la voz de Dios la hizo proyectarse continuamente hacia la Iglesia, a la que amaba hondamente, y por la que oraba y sufría. En el Epistolario se muestra como mujer sincera y firme, obediente y prudente, que ama a las personas corrigiendo y ayudando, que es paciente, compasiva, maternal y que sabe perdonar., La sinceridad iba siempre por delante, aunque no gustase a las personas más queridas: “siempre he aborrecido la mentira” (Autobiografía n, 232); “jamás he engañado a nadie” (Carta n, 306)

Su espíritu de obediencia le hace escribir precisamente lo que más le repugna: las instancias por la renovación de la Iglesia, a partir de las luces recibidas del Señor, considerándose ella misma la menos indicada para este objetivo. En el género autobiográfico, se puede afirmar que, cronológicamente, es la primera figura espiritual del siglo XIX español que escribió sus experiencias espirituales, antes que San Antonio María Claret y que Santa María Micaela del Santísimo Sacramento.

Su cultura media le ayudó a comprender las frecuentes lecturas de los libros espirituales de la época; pero no aparecen en ella las cualidades extraordinarias de los grandes pensadores. No obstante hay que recordar que, por entonces, el analfabetismo en España era muy elevado (el 62% de los varones y el 80% de las mujeres). A ella le basta afrontar la realidad, apoyada en las luces evangélicas y en las enseñanzas de la Iglesia y de los santos, para amar profundamente a las personas.

Su experiencia de enfermedades frecuentes la hacen comprensiva y humilde. Fueron muchas las noches pasadas en vela, debido a los grandes sufrimientos físicos y morales, pero que ella transformaba en oración. Así fue captando el modo de transformar el sufrimiento en cruz fecunda: “Bendito sea Nuestro Señor que me quiere siempre en la Cruz” (carta n. 174, 20 abril 1876); “me encuentro más tranquila por la gracia que me ha hecho Dios de comprender, en estos días, que me faltaba un clavo para estar más fija en la Cruz” (Carta n. 135, 13 abril 1877).

En esta perspectiva de acogida y fidelidad, humilde y audaz, hay que entender su decisión de vivir la pobreza radical para renovación de la vida consagrada, con una tenacidad que no es frecuente en la historia eclesial. Esa tenacidad la demostrará especial ente en la fundación del “Instituto Apostólico de la Inmaculada Concepción de María Santísima “ (hoy “Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas”). Su carisma es común con San Antonio María Claret, a quien ella consideró siempre como Fundador.

Su experiencia mística fundamental consiste en el encuentro con Cristo crucificado (1842), en una perspectiva muy mariana (la Virgen Inmaculada junto a la Cruz) y muy eclesial (la Iglesia esposa de Cristo). De ahí deriva el vivir constantemente en la presencia de Dios y el deseo permanente de perfección.. Los fenómenos extraordinarios, que se sucedieron frecuentemente en ella, habrá que discernirlos a partir de la acción auténtica de la gracia y de las expresiones de la propia psicología, con las connotaciones históricas y culturales de Cataluña en el siglo XIX. Tal vez quienes la dirigieron no supieron siempre distinguir entre la acción fundamental de la gracia y la reacción circunstancial de los “epifenómenos” de tipo psicológico y cultural. Algunas lecturas apocalípticas aconsejadas por el P. Curríus no eran las más indicadas. Lo mismo les sucedió a otras personalidades espirituales de la época:



Hemos relacionado este sentido de acogida del don de Dios con la humildad, que es “la verdad”, según la expresión de Santa Teresa. Esta verdad o autenticidad se refiere tanto al reconocimiento de los dones de Dios (que siguen siendo suyos), como a la toma de conciencia sobre la propia realidad limitada y defectuosa. Todos los escritos de M. Antonia, prácticamente en todas las páginas principales, reflejan la convicción de la propia nada y, al mismo tiempo, la experiencia de ser amada por Dios paternalmente. Se podría resumir esta actitud humilde y de confianza filial con esta afirmación: “Siendo yo tan mala... después he visto que es condición de Dios hacer mercedes a los grandes pecadores como yo, y me confundo al ver la gran bondad de Dios en sufrirme tanto tiempo, a quien con toda mi alma suplico perdone tantas ingratitudes” (Autobiografía, n. 1).

La humildad de M. Antonia aparece de modo especial en sus actitudes de oración y en su amor a la Iglesia (que veremos en la segunda parte). Se llama a sí misma “traste inútil”, del que se quiere servir para la fundación, aunque ella no se considera “fundadora” (Carta n. 75, a Caixal). Incluso llega a afirmar: “todas y cada una de mis amadas religiosas tienen tanto o más estímulo que yo de la Regla” (ibídem).

Se humilla frecuentemente por sus pecados y ruega a los demás que pidan por ella; por esto no le importan “los desprecios y aplausos de esta vida”(Carta n. 119, a Caixal). Se llama a sí misma “inútil criatura que quiso Dios tomar por instrumento”; por esto, en la obra, dice, no hay “nada mío” (Carta n. 144, al P. Manyanet). Se siente “sumamente espantada por lo poco que he aprovechado de los innumerables beneficios de Dios (Carta n. 193, al Obispo Orberá). Propone tener “más y más humildad y mansedumbre de corazón, por ser las dos virtudes que más he deseado de mi Señor Jesucristo” (Carta n. 164, al P. Curríus).

Este dato peculiar de M. Antonia es tan claro, que, para cerciorarse de ello, bastaría con abrir cualquier página de la Autobiografía, del Diario o del Epistolario. Se considera “miserable pecadora”, burra de Balaam”, una pobre monja y ruin”, “grande pecadora” “hormiguilla”, “la criatura más inepta para todo”, “no veo en mí sino maldad”... Y lo que más le apena es su poco amor a Dios: “es muy frío el amor con que yo amo a mi Dios” (Diario n. 25). Por eso le repugnaba tanto tener que escribir sobre la reforma de la Iglesia: “no entiendo... una criatura ignorante metida en unos puntos tan delicados y de tanta importancia” (Puntos para la Reforma n. 43). Habrá pues, que concluir, según su lógica, que “yo sólo he sido el instrumento flaco e inútil de que Nuestro Señor se valió (Carta n. 293, al Obispo Orberá). Pero ésa es la lógica evangélica que sólo saben vivir los enamorados de Cristo y de la iglesia.

Esa acogida del don de Dios se convierte en *total donación de sí misma*, precisamente porque se apoya en su Dios y no en sus propias fuerzas ni en los poderes humanos. Su donación consiste en el seguimiento evangélico, que veremos en la segunda parte. Pero en ella tiene una característica peculiar: *su sentido materno*.

En todos sus escritos aparece esa *sensibilidad de una madre* que sólo mira el bien de sus hijas, como si en ellas se resumiera, aunque no exclusivamente, todo el bien de la Iglesia. Así lo reconocieron sus religiosas, especialmente en los momentos de dificultar y de dolor.

Su ternura materna era proverbial dentro del Instituto. Cuando tenía que ausentarse de las casas fundadas para ir a residir en otro convento nuevo, todas manifestaban el deseo de ir con ella (Carta n. 2293, al Obispo Orberá). Escribiendo al P. Manyanet sobre las dificultades del convento de Tremp, por falta de unión dentro del Instituto, se presenta a sí misma con “la pena de una madre” (Carta n. 108). Al describir los contratiempos que habían surgido en Cuba dice: “siempre las he amado como la más cariñosa Madre, y por eso he sufrido y sufro tanto.... Yo siempre las he amado y amo como antes” (Carta n. 298,

al Obispo Orberá). Al comunicar la muerte de M. Josefa a la Comunidad de Tremp, en la que había surgido la desunión, dice: “os amamos como hijas y hermanas nuestras... todo es por lo que mucho os amo y deseo vuestro bien, pues a todas os tengo dentro de mi corazón” (Carta. 332).

*Acogida de los dones de Dios*, tal como son y en la propia realidad limitada, juntamente con la *total donación de sí misma*, son los componentes de la maternidad espiritual de M. Antonia París. Con esta actitud materna, realizará su itinerario espiritual y apostólico, que intentamos analizar en la parte segunda. La acción de Dios aparece en toda su realidad profunda de un fuego que surge en las cenizas humanas,. La iniciativa es divina; a la colaboración humana le toca soplar en el rescoldo escondido dentro de las cenizas, sin olvidar el don divino ni la propia realidad limitada. De ahí surgirá el *sentido de gratuidad*, que acepta el don tal como es y que se da sin esperar gratificación.

## **II**

# **EL ITINERARIO ESPIRITUAL DE UNA VIDA MISIONERA**

# 1. EXPERIENCIA DE ENCUENTRO CON CRISTO

En los escritos de M. Antonia aparece su figura como de mujer profundamente impresionada por la presencia de Dios e íntimamente relacionada con Cristo. Sabe que no está nunca sola y que, por lo tanto, la frustración no tiene razón de ser.

Hay un primer momento fuerte de esta experiencia, la visión de Cristo crucificado (en el año 1842), que va a orientar toda su vida. Ella misma lo explica así “Han pasado ya más de 14 años; me parece que estoy viendo y oyendo (escribe en 1856). Desde entonces me ha hecho la gracia Nuestro Señor de tenerlo siempre presente, y una muy íntima comunicación... especialmente en la Humanidad Santísima de Cristo Nuestro Señor, y en el Santísimo Sacramento” (Autobiografía, nn. 10 y 12).

Fue a partir del período de postulante en Tarragona (especialmente en 1842) y al inicio de la fundación en Santiago (en torno al año 1854), cuando esta experiencia se acentuó. Desde entonces su oración se expresa con términos eucarísticos y cristocéntricos. Es frecuente notar el impulso interior que la lleva a ir ante el sagrario. Describe entonces su actitud como de “recogimiento interior” (Diario, n. 25 y 107), como si todo el evangelio hubiera quedado impreso en su corazón (cfr. Autobiografía, n. 5).

En este encuentro con Cristo, crucificado y eucarístico, la lleva al amor a la Iglesia, a modo de desposorio con Cristo prolongado en ella. De ahí pasará a una plegaria de intercesión, siguiendo las luces del Señor “en el fondo del corazón”: “como esposa de Jesucristo, bien puedes pedir todo lo que quieras” (Diario. N. 14).

Desde esta experiencia de encuentro con Cristo, pasaba espontáneamente al apostolado, sin dicotomías. Por esto, su vida es siempre una prolongación del diálogo con el Señor. De hecho, se podría elaborar su biografía a partir de momentos fuertes de oración, en los que se reflejan sus preocupaciones cotidianas.

Su oración es de relación personal con Cristo Esposo, para escuchar sus palabras, unirse a su intercesión y comprometerse a una vida de caridad, obediencia y acción apostólica. Es básicamente oración de amistad: “como un amigo trata sus cosas con su igual... tienen (ambos) muchas cosas que decir y todo es buscar tiempo para hablar a solas” (Autobiografía, n. 159).

La oración se describe como una llamada para entrar en el corazón de Dios: “Dios me llamó con grande amor” (Diario n. 12). “Se internaba mi espíritu en el mar inmenso de Dios... en medio del corazón de mi Dios y Señor, sentir la blandura de sus santísimos brazos con que apretaba mi alma contra su corazón” (Autobiografía, n. 159).

Jesús se muestra cerca, como quien habla al corazón, “consejero y maestro” (Autobiografía n. 85), que la llama frecuentemente “hija”, para consolarla y fortalecerla.

No faltaron dificultades internas, como distracciones, tentaciones, dudas, grandes sequedades, soledad, sentido de culpabilidad. Ella misma habla a veces de “decaimiento de espíritu”... de modo que no puedo ocuparme en mi Bien amado, ni en la oración ni fuera de ella, sino siempre mil distracciones que me inquietan la paz de mi alma y no me dejan descansar en Dios como deseo” (Carta 70). “En la oración estoy como un tronco; sólo siento la presencia de Dios cuando encuentro alguna falta, que entonces S.D.M. me la reprende mucho... Pero ya después me torno a quedar seca como un palo en la presencia de Dios” (Carta 67).

M. Antonia en su Epistolario, alude frecuentemente a esas pruebas, que hicieron de su oración una búsqueda incesante de Dios para identificarse con Cristo Esposo crucificado. Estos momentos de prueba la llevaban a vivir los sufrimientos de la Iglesia, que eran sufrimientos del mismo Cristo comunicados a ella como desposorio.

En la “Positio” para el proceso de canonización, se aportan diversos testimonios sobre su oración: “se la veía siempre, en la presencia de Dios” (cap. XVI, 6). Y se la describe con una “enorme coherencia entre oración, vida... una integración personal unificada en el querer de Dios” (cap. XX).

Podemos resumir algunas notas peculiares de su oración, dejándola hablar a ella misma:

### **A) ORAR DESDE LA PROPIA POBREZA:**

“Miraba mi poquedad y la pobreza de mi persona, me confundía tanto... porque ningún don veía en mí” (Autobiografía, n. 35).

“Fineza de amor en esta miserable pecadora... Basta, Señor mío, basta; o ensanchad mi corazón o suspended tales finezas de amor” (ibídem, n. 12).

“Estoy tan confusa en la presencia de Dios, reconociendo mi pobreza” (ibídem, n. 42).

“Quedé sumida en el centro de mi nada, conociendo mi bajeza y la grandeza de Dios” (ibídem, n. 12).

“Me aniquilaba en la divina presencia, pidiendo perdón” (Diario, n. 28).

“Estaba esta pobre criatura como una hormiguita delante de su Creador sin poderle alabar” (ibídem, n., 82).

“Me vi delante de Nuestro Señor tan pobrísima... mi oración es pan de lágrimas” (ibídem, n. 88).

“Me deshacía en llanto confundíendome delante de Dios por mi propia vileza” (ibídem, n. 94).

“Este profundísimo conocimiento de mi indignidad me avivaba la fe en Dios real en mi corazón” (ibídem, n. 100).

“Hora es, hija, que moderes esos temores y me sirvas más por amor que por temor” (ibídem, n. 112).

“Después de leído el Decreto, me fui a los pies de Cristo crucificado y allí delante del Santísimo Sacramento me humillé hasta pegar la cara con la tierra, y allí propuse pasar en silencio este golpe” (Carta, 75, sobre las correcciones hechas por el Dr. Caixal).

### **B) ORAR CONFIADA EN EL AMOR DE DIOS:**

“Sentí tan clara y real la divina presencia... llenó mi corazón y mi alma de tanta confianza en sus divinas palabras” (Autobiografía, N. 36).

“Todo era su amor, porque no hallaba en mi correspondencia” (ibídem, n. 71).

... “dando gracias con tanto amor a la más ínfima de sus criaturas” (ibídem, n. 92).

“Quiere Dios que por el extremo del dolor entienda la grandeza de su amor” (ibídem, n. 111).

“Siempre he tenido continuamente delante de mis ojos al Señor, persuadidísima de que está siempre a mi lado para sostenerme” (ibídem, n. 135).

“No pocas veces me dejó sentir la blandura de sus santísimos brazos con que me apretaba a mi alma Su Sagrado Corazón... la inmensidad del mal me recordaba la inmensidad de Dios” (ibídem, n. 159).

“Pidiendo perdón a Nuestro Señor por la falta cometida, reconociéndome indigna de estar delante de Su Divina Majestad... mi alma deseaba más y más acercarse al imán de su amor... descubriéndome muchas veces los secretos de su Corazón” (Diario, n., 17).

“Por ti sola me habría encerrado en el Sagrario hasta la consumación de los siglos, por darte el gusto de visitarme” (ibídem, n. 25, al admirarse del amor de Dios por todos los hombres).

“Un día quejándome con Nuestro Señor porque me da tanto, me dijo: Porque no tengo a quien dar” (ibídem, n. 96).

### **C) ORAR PARA COMPARTIR LOS AMORES Y SUFRIMIENTOS DE CRISTO:**

“Muchas veces me ha dicho Nuestro Señor que descansaba dándome parte de las injurias que recibe de los pecadores... Otras veces me ha manifestado su Corazón rodeado de espinas” (Autobiografía, n. 13).

“He visto su divino rostro siempre paciente... Y en esto como si su Majestad abriera su pecho para enseñarme el Corazón rodeado de espinas... Mira, hija, así pagan los beneficios de este Corazón amante los ingratos hijos de la Iglesia (ibídem, nn. 14-15).

“Intima comunicación con Dios ... el alma metida en lo más secreto de su Corazón..., como un muy amigo trata sus cosas con su igual... todo es buscar tiempo para hablar a solas” (ibídem, n. 48).

“El alma parecía que tenía su asiento o morada en el centro del Corazón Sagrado de mi Dios y Señor” (Relación al Dr. Caixal, n. 9).

“La Pasión y crudelísima muerte de mi Señor Jesucristo era mi continua meditación” (Recuerdos, 1ª serie n. 2).

“Me dijo Nuestro Señor: Hija mía, mientras tú padeces, yo descanso” (Recuerdos, 2, 2ª serie, n. 1).

“Otro día me dijo Nuestro Señor: no extrañes, hija, que te hable desde la Cruz, porque la Cruz es mi cátedra y por la Cruz se va al Reino” (Diario, n. 38)

“Mira, hija, que ya yo lloré estos tus dolores y aflicciones, en el huerto de mis agonías” (ibídem, n., 45).

“Déjame descansar, déjame, hija, en tu corazón ... Busco un corazón en quien descansar, déjame, hija mía, reposar... Le ofrecí la pequeñez de mi corazón” (ibídem, nn. 68-71/

“Así como un buen esposo toma parte en la pena de su esposa, así soy yo celador de la mía y tu pena es pena mía” (ibídem, n. 93).

“Las iglesias de las religiosas han de ser como el desierto donde iba Jesucristo a descansar de sus tareas apostólicas” (Puntos para la Reforma, n. 57).

“Algunas veces me hacía recordar el dolor agudísimo que sufrió el Señor al recibir la bofetada” (Carta 47, dolor por irritación en la boca).

“Bendito sea Dios por todo, que tanto sufrió por esta miserable pecadora” (Carta 54).

#### **D) ORAR A PARTIR DE LOS ACONTECIMIENTOS:**

“Fueron muchas veces que Dios nuestro Señor me hacía compañía a la noche, mientras yo velaba, puesta de rodillas, orando y escribiendo...Sentía tan real y verdadera esta divina presencia, que me parecía tenía una persona a mi lado... sólo levantaba los ojos a una imagen que tenía delante, de Cristo Crucificado” (Autobiografía, nn 20-21).

“Las noches las pasaba enteras al pie de Cristo Crucificado o delante del Santísimo Sacramento” (ibídem, n. 99)

...”Esperar contra toda esperanza en su Providencia infinita” (ibídem, n, 107)

“La presencia de Dios era continua” (Recuerdos, 1ª serie, n. 7).

“A las diez de la mañana me recogí un rato en el coro como para descansar en Dios, dándole parte de las cosas que me abruma” (Diario, n, 64).

“Ore el Misionero con Cristo, orando: viaje con Cristo, viajando: coma con Cristo, comiendo: beba con Cristo bebiendo: duerma con Cristo: durmiendo: sufra con Cristo, sufriendo: predique con Cristo, predicando: descanse con Cristo cansado: y viva con Cristo muriendo, si quiere entrar en la vida con Cristo, reinando” (El Misionero Apostólico, II, n. 31; es un resumen sapiencial de la oración).

#### **E) ORACIÓN DE SILENCIO, ADORACIÓN, SENCILLEZ Y UNIÓN:**

“Yo no entendía estas cosas” (Autobiografía, n. 6).

“Se complacía Su Divina Majestad en ser preguntado con sencillez... la pregunta nacía de un corazón determinado a cumplir su voluntad” (ibídem, n. 7).

“Siempre me dejaba a oscuras sin poder conocer lo que sería este modo de sufrimiento” (ibídem, n 38).

“Lo hace Dios de manera que cuanto más obra, menos se entiende” (ibídem, n. 84).

“Tiene tal traza Nuestro Señor que cambia la pena en gozo” (ibídem. 89).

“Que os conozca a Vos, y me conozca a mí, y conozca también todo lo que Vos queréis que haga... dadme hambre y sed de Vos” (oración de la mañana).

“Le miraba tan presente en la Sagrada Hostia como que le estuviera hablando cara a cara” (Diario, n. 72).

“No temas, hija, ¿no ves cómo tu corazón está tan íntimamente unido al mío?” (ibídem, n. 86).

“Todas nos hemos regalado mucho con nuestro Esposo, pues tanto tiempo que no le habíamos descubierto” (Carta 25, por la exposición del Santísimo en la casa).

“¡Dichoso silencio! Que tantos bienes acarrea a las Casas Religiosas!” (Carta31).

“Todo lo tengo dejado a Dios que no se muda... mío no hay nada” (Carta 252).

## **F) ORACIÓN Y MISIÓN:**

“Estando una noche en oración rogando intensamente a Cristo Crucificado remediara las necesidades de la Santa Iglesia... le ofrecí mi vida en sacrificio como otras veces había hecho” (Aubiografía, n. 2).

“Hija, mira el amor que abrasa mi Corazón hacia los hombres” (Diario, n. 16).

“Admirándome en gran manera del infinito amor de Dios hacia los hombres... y la mezquindad del hombre para con Dios” (ibídem, n. 25).

“Santa Ley... mi continua meditación... para enseñarla a toda criatura” (Carta 5).

“La oración cotidiana, sin la cual todo trabajo será nada, o como polvo echado al viento” (Puntos para la Reforma, n. 45).

“Las iglesias religiosas han de ser como el desierto donde iba Jesucristo a descansar de sus tareas apostólicas” (ibídem, n. 57).

“ No mate el espíritu de la santa oración por los muchos quehaceres” (El Misionero Apostólico, II. N. 19).

“Si las palabras del Misionero no salen de la fragua de la oración, no ablandarán el corazón” (ibídem, II, n. 22).

## **2. CON MARÍA**

La vida de M. Antonia es una historia de la presencia activa y materna de María. No encontramos en sus escritos una doctrina mariana sistemática, pero sí unos gestos sencillos y cotidianos de comunión de vida con la Santísima Virgen. “María para M. Antonia es alguien que continuamente la acompaña; especialmente en los momentos difíciles, su presencia se hace protectora” (Positio, cap. XX, p. 421).



El grupo inicial de la Congregación está marcado por este sello mariano, expresado en el voto hecho el día de la Asunción de 1852, de mantenerse unidas en la misión de “atravesar los mares e ir a cualquier parte del mundo... ofreciéndose a padecer cualquier trabajo por amor de Nuestro Señor” (Autobiografía, n. 121). El viaje marítimo del grupo inicial fue una práctica continua de devoción mariana (cfr. *Ibíd.*, nn. 141-150).

Frecuentemente acude a su intercesión, para recibir luces y fortaleza en el camino emprendido. La Virgen es siempre Madre, modelo y “estrella”, que ilumina y atrae. Se siente unida a la misión de María corredentora para renovar la Iglesia. “Dijome un día Nuestro Señor (escriba M. Antonia en su Diario) cómo quería que su Santísima Madre fuese corredentora de la reformación general de toda su Iglesia en estos últimos tiempos, así como la hizo corredentora de todo el género humano en su primera venida” (Diario, n. 30).

Respecto al Instituto, la Santísima Virgen era protectora constante (cfr. Diario. N° 2) Las casas del Instituto son siempre “casa de María Santísima”, según la afirmación constante del Epistolario.

La redacción de las Reglas y de los puntos para la Reforma se termina el día de la Inmaculada (cfr. Diario, nn. 31-32). “¡Oh María Purísima, qué día tan alegre para dar fin a una obra que ha de ser principio de tanto bien para toda la Iglesia!” (*Ibíd.*, n. 32). Se quiere vivir la vida evangélica de los Apóstoles, “a imitación de la Purísima Virgen María” (Autobiografía, n. 7).

El desarrollo de su propia vida y la del Instituto se desenvuelve haciendo referencia a las fiestas marianas, incluidos los sábados. A la intercesión de María se atribuyen gracias recibidas.

La referencia a María es frecuente también en las Constituciones o Reglas (cfr. Las de 1862); en cada consejo evangélico, en la renovación de votos (fiestas de la Presentación o Purificación y de la Asunción), en los dos días de retiro antes de esas dos fiestas, en el ayuno durante las vigilias de sus festividades, en tomar el nombre de María además del nombre de un apóstol, etc.

La pobreza de la Sagrada Familia en Belén, debe reflejarse en la vida religiosa: “apenas tuvo mi Madre lo necesario para cubrir mi santísimo cuerpecito” (Constituciones, cap. 2, n. 2). María envolvió al niño “con pobres pero limpios pañales” (Puntos para la Reforma, n. 28). La pobreza se expresará en una vida de trabajo a “imitación de María”: “Adviertan las personas que vivan en esta familia que todas han de trabajar para adquirir las virtudes de nuestra purísima y queridísima Madre María Santísima sin macha concebida, en especial su vida laboriosa, su recogimiento, su humildad profundísima, su pobreza” (Constituciones, cap. 2, n. 16; cfr. N. 21). Sobre el nuevo convento en Carcagente, escribe: “tendremos allí muchas memorias de la Sta. Cueva de Belén, porque la caja siempre está agonizando” (Carta 218).

Las religiosas se distinguirán, pues, como “hijas de nuestra purísima Madre” (Constituciones, cap. 4, n.1.). El ejemplo y la presencia de María parecen inherentes a las casas religiosas, especialmente por una vida de sencillez y pobres, según las palabras de la Santísima Virgen: “en ésta mi casa gusto yo andar con sencillez” (Diario, n. 679).

Hay un gesto de intimidad con Cristo que puede calificarse de peculiar en la espiritualidad mariana de M. Antonia. La virgen, para ella, es modelo de dejar descansar a Jesús en su corazón. La presencia sacramental de Jesús en ella tiene este mismo sentido.: “como descansaba en los brazos de mi Madre” (Diario, n. 100; cfr. Autobiografía, n. 71). Con este gesto aprendía también a ver sus propios sufrimientos “como prolongación del dolor maternal de la Madre del Redentor al pie de la Cruz” (Positio, cap. XX, p. 425).

El ideal de la reforma eclesial, a la manera evangélica de los Apóstoles, la ve M. Antonia como una gracia de Dios concedida a Pio IX como premio por la definición dogmática de la Inmaculada Concepción (cfr. Puntos para la Reforma, n. 3; Autobiografía, n. 49).

En el Diario, la referencia a María es también frecuente. A ella acude para pedir su intercesión “con mucha confianza” (n. 13), especialmente por las necesidades del Papa (n. 34). María es como una “estrella” que la ilumina, como “Madre de Pureza” (n. 23). A ella acude en busca de perdón y consuelo cuando se siente apenada por sus faltas. El Instituto tiene el título de la Inmaculada porque se le puede considerar nacido el año de la definición del dogma. (1854; cfr. Diario n. 53; Carta 82).

Se siente invitada por María para escribir los Puntos para la Reforma: “Escribe, hija mía, y quiero que empieces hoy mismo que yo te ayudaré” (Diario, n. 32, Patrocinio de María, 12 de noviembre de 1855). Y sentirá también su aprobación al terminar de escribir el documento: “ésta es la verdad” (ibidem, n. 33).

En el Epistolario aparecen frecuentemente los mismos detalles de espiritualidad mariana. Atribuye a la intercesión de María las gracias recibidas por ella, por San Antonio M<sup>a</sup> Claret y por el Instituto consagrado a la Inmaculada (Carta 82, a Pio IX). A los destinatarios de sus cartas les invita a imitar a María, agradecer sus favores y acudir a ella en sus necesidades (cfr. Carta 385).

En la autobiografía se puede constatar también esta presencia mariana vivida constantemente. Las reglas las escribió todavía en Tarragona, por pura obediencia, confortada por María /Autobiografía, n. 20). La Virgen era como una “estrella” que la iluminaba (ibidem, n. 45). M. Antonia la describe llena de candor, gracia y bondad (n., 68). También María la comunica que San Antonio M<sup>a</sup> Claret será quien renueve la Iglesia (ibidem, n. 79). Ella cubre con su manto a todas las religiosas (ibidem, n. 160) y le invita a escribir para el bien de toda la Iglesia (ibidem, n. 230).

El Instituto religioso busca la “mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre” (Constituciones, Blanco y fin). Sus componentes serán como “Apóstoles de Jesucristo a imitación de la Purísima virgen María”. Son “hijas de nuestra Purísima Madre, siendo como son, nacidas en la Santa Religión de esa Orden, dedicada y fundada en su honor en el año mismo en que la Iglesia Santa declara y confiesa dogma de fe el misterio de su Inmaculada Concepción” (Constituciones de 1862, cap. 3, n. 1).

Esta doctrina mariana está en sintonía con la enseñanza eclesial sobre María y la vida consagrada: “consagración religiosa según el modelo de la Madre de Dios” (*Redemptionis Donum* n. 17), porque se trata de “el género de vida espiritual y pobre que Cristo Señor escogió para sí y que abrazó su Madre” (*Lumen Gentium* n. 46).

### **3. POR LA IGLESIA**

En los escritos de Madre Antonia, el lector respira continuamente sentido y amor de Iglesia. Ella vivió y murió por la Iglesia, amándola a imitación de Cristo Esposo. La visión inicial de Cristo crucificado (1842) es una llamada cristológica y eclesial: “renovar el espíritu de mi Iglesia”. Es entonces cuando Cristo la enamora de la Iglesia, imprimiendo en su alma la enseñanza evangélica.

M. Antónima quedó invitada a colaborar en la renovación eclesial suscitando una mayor fidelidad evangélica por parte de la Iglesia esposa de Cristo. La Eucaristía era la prenda del amor esponsal de Cristo a su Iglesia y, al mismo tiempo, una exigencia de renovación (cfr. Autobiografía, nn, 2-9).

La oblación hecha a Cristo por el bien de la Iglesia, aparece repetidas veces en sus escritos, siempre en relación con la visión inicial: “En esta misma noche... me ofrecí en sacrificio por los males que sufre la Iglesia... Justo es que os ofrezca la vida, y, si mil vidas tuviera, otras tantas os ofreciera” (Diario, n. 14; cfr. Autobiografía, nn. 5-6).

El significado de este ofrecimiento es claro: “le ofrecí mi vida en sacrificio” (Autobiografía, n. 2). Es una oblación victimal que orientará toda su vida. Con ocasión de su muerte, la M. Gertrudis Barril, su secretaria y confidente, pondría dentro del féretro un escrito programático que decía así: ... “Había pedido siempre a Nuestro Señor le diera a sufrir muchas penas y trabajos en esta vida, ofreciéndose en sacrificio por las necesidades de Nuestra Santa Madre la Iglesia y para purificar su alma”.

Es importante notar que M. Antonia experimentó el misterio de la Iglesia en la persona de Cristo: “todo lo vi en Cristo crucificado” (Autobiografía, n. 62). Cuando Jesús le dice “mi Iglesia”, ella vive esta identificación mística con la Iglesia que es cuerpo y esposa de Cristo (cfr. Diario, nn.46 y 72). Por eso descubre en la Iglesia el “cuerpo” maltratado de Cristo que reclama amor de reparación (Autobiografía, nn. 14-15).

Su desposorio con Cristo equivale al desposorio con su Iglesia, precisamente por esta identificación mística: “quiero desposarte con mi Iglesia” (Diario, n. 41). Paulatinamente ella fue entendiendo que este desposorio eclesial era eminentemente cristocéntrico, como una consecuencia del mismo desposorio con Cristo. De ahí podía desprenderse el dolor de Cristo como dolor de su misma Iglesia perseguida (cfr. Autobiografía, n. 16). “Llora, hija mía, conmigo mi dolor por perder los miembros de mi Iglesia” (ibídem), n. 244).

Se puede decir que esta es la nota más característica del camino espiritual de M. Antonia, en cuanto que su amor y oblación victimal se concretan en colaborar en la renovación evangélica de la misma Iglesia, especialmente por medio de la renovación de toda la vida sacerdotal y religiosa.

El día de su profesión (27 de agosto de 1855) se caracterizó por una gracia extraordinaria, por la que se expresaba esa misma espiritualidad eclesial. La corona de rosas que le impuso el celebrante (San Antonio M<sup>a</sup> Claret) se le convirtió en enorme peso, oyendo, al mismo tiempo, estas palabras de Jesús: “Este es, hija mía, el peso que carga sobre ti de la reforma de mi Iglesia”. (Relación al Dr. Caixal, n. 9). M. Antonia añade: “y me llamo tres veces “esposa mía” (ibídem).

Por esto, M. Antonia se identifica con la Iglesia, como una modalidad de su identificación con Cristo: “Mi santa Madre Iglesia” (Autobiografía, n. 35). El sufrimiento de la Iglesia se convierte en su propio sufrimiento, porque es el mismo sufrimiento de Cristo. Ahí enraizará su maternidad dolorosa y fecunda. Sufre por la Iglesia y con ella (Diario, n. 69). El mismo Señor la invita a participar en ese dolor suyo: “llora, hija mía, los males de la Iglesia, que tanto punzan mi Corazón” (Autobiografía, n. 14). Los dolores del Corazón de Cristo son “los golpes que recibe su Iglesia” (ibídem, n. 16).

Este dolor compartido se originaba en el amor de Cristo por su esposa la Iglesia. Los “males” de la Iglesia en aquella época eran externos e internos. Externos por la persecución, confiscación de bienes, expulsión de obispos, supresión de Institutos

religiosos. Pero todo ello era permitido por Dios debido a las deficiencias internas de la misma Iglesia, especialmente por la falta de predicación evangélica y por falta de pobreza en la vida sacerdotal y religiosa.

Este amor sponsorial a la Iglesia (o a Cristo unido a su Iglesia) se tradujo en vocación de la fundadora al servicio de la renovación eclesial. Para ello, el Señor le comunicó luces, que podemos llamar proféticas, sobre esta renovación, y le infundió las ansias de reparación concretadas en oración, sufrimiento, reparación, programación concreta de renovación según la vida de los Apóstoles. “Nuestro Señor me ha dado un amor tan grande a mi Santa Madre la Iglesia, que si a costa de mi vida (y aunque tuviera mil) pudiera yo restituirle la paz, con grandísimo amor sufriría los más crueles tormentos, aunque fuera hasta el fin del mundo” (Autobiografía, n. 35).

El Instituto religioso que fundó con San Antonio M<sup>a</sup> Claret, sería eminentemente “apostólico”, como respuesta a la llamada del Señor. Sería una vida consagrada al anuncio del evangelio, con el testimonio de pobreza evangélica según el estilo de los Apóstoles. De hecho, ella apuntaba a la renovación de toda la Iglesia: sacerdotes, religioso y laicos.

Esta renovación no se refería a estructuras fundamentales, que M. Antonio siempre respetó, sino a la vida de las personas y al signo de pobreza, también por parte de las instituciones. La renovación era, pues, espiritual y apostólica, con repercusión en las estructuras mutables, como estructuras de servicio humilde.

Esta fuerte línea renovadora se compaginaba con un gran respeto a los sacramentos y a la Jerarquía. La renovación no sería posible si no la protagonizará el Papa y los Obispos (cr. Carta 306). La garantía para la reforma del clero y de los religiosos la cifraba en la persona del Obispo como custodio de su grey. La renovación eclesial no sería posible sin la santidad de los sacerdotes y religiosos (cfr. Puntos para la Reforma. N. 46).

En los Puntos para la Reforma desea que los obispos renuncien a “todas sus rentas” (n. 5), que “conformen sus vidas y costumbres con las de los Santos Apóstoles” (n. 6), que reformen sus casas para vivir en comunidad y en pobreza con sus sacerdotes en visas a dedicarse a la predicación apostólica (n. 15 ss). Según ella, la “causa de todos los males de la Iglesia... es porque sus Prelados descuidan en dar el pasto” y porque “los Pastores de su Iglesia no miden sus obras con el compás del Evangelio” (n. 54). Para renovación de la Iglesia “no es menester más que su santificación” (n. 44), concentrada en “observancia..., pobreza..., retiro..., fidelidad a la Ley Santa del Señor” (n. 55). San Antonio M<sup>a</sup> Claret está llamado a colaborar con el Papa en esta empresa (n. 80).

En los escritos donde aparece la programación de esta reforma, aflora siempre el respeto, la sujeción, la humildad, la obediencia y el espíritu de comunión eclesial. Desde siempre se siente llamada a mirar a la Iglesia con amor (cfr. Autobiografía, n. 77).

Ante los obstáculos que se presentaron para la consecución de estos planes, la reacción era de aceptación amorosa del dolor, como intuyendo la fecundidad de la cruz. Siempre “hecha docilidad y entrega a las consignas del Papa” (Positio, cap. XVII, 1, f). “Ella es llamada a hacer suyo el dolor de Cristo y a trabajar hasta morir porque la Iglesia se renueve” (ibídem, cap. XX, p. 391).

Por esto su actitud de obediencia aparece continuamente: “Mi voluntad no era otra que la de mi Prelado” (Autobiografía, n. 221). “Siempre he querido únicamente lo que disponga el Papa, y creo que por la bondad de Dios, nadie me gana en la completa adhesión que le tengo... y si en Roma cambian o disponen otras cosas, acatemos sus disposiciones con toda sumisión” (Carta 306). “En las constituciones no hay nada mío,; todo está cotado

y aprobado por el Sr. Claret y por el mismo Sr. Caixal E.P.D.” (ibídem). “ Solo por obediencia trasladé al papel lo que Dios Nuestro Señor me mandó guardar, todo colado por mis Superiores, que muy santos y sabios me los dio Dios” (Carta 552). “He obrado en todo conforme a la obediencia y parecer de mis Superiores inmediatos... siempre adherida a lo que hagan los representantes de Dios” (Carta 302). “Jamás he movido un pie, ni he hecho cosa alguna de mi cabeza, sino siempre ha sido todo colado y mandado por los Prelados” (Carta 371) “ “Hasta que la Santa Sede hable, se han de cumplir las Reglas que hemos profesado” (Carta 241). Jesús le había dicho desde el principio: “nada quiero tuyo, sino lo que vaya por obediencia” (Diario, n. 17). “Nuestro Señor más quería de mí la sujeción que la penitencia” (ibídem, n, 98).

M. Antonia, en este tema de la renovación de la Iglesia, se sentía muy unida a la Santísima Virgen, como asociada a Cristo Redentor (cfr. Recuerdos y notas, n. 14). María es “corredentora de la reforma general de toda la Iglesia” (Diario, n, 30). Las Constituciones del Instituto señalarán, pues, unas pautas evangélicas “para hacer levantar cabeza a su querida esposa la Iglesia” (Constituciones, cap. 2, n. 2).

En el Diario y en las cartas, el lector podrá encontrar fácilmente esta espiritualidad eclesial vivida con espontaneidad en los acontecimientos de cada día. “Ha degenerado tanto el primitivo espíritu de su Iglesia” (Carta 30). El fin del Instituto es el de “renovar el primitivo fervor” de la Iglesia (Carta 75). Por esto desea “morir por la restauración de la Iglesia (Carta 119). “Este desfallecimiento padece hoy día mi Iglesia en sus miembros” (Diario, n. 11). “Así anda el mundo tan frenético despedazando el cuerpo de mi Iglesia” (ibídem, n., 15). Siente “tristezas de muerte por las calamidades de la Iglesia” (ibídem nn. 18-19), invitando a imitar a San Francisco de Asís “para reparar su Iglesia que se estaba cayendo” (ibídem, n, 26). Ve en el Corazón de Jesús “las angustias de nuestra Madre la Iglesia (ibídem, n. 42). Durante todo el años 1860, vive intensamente el misterio trinitario para remediar la Iglesia (ibídem, n, 53). “Sentí una tristeza tan grande... que parecía que el corazón se me disolvía; me parecía veía en mi corazón agonizante el mar inmenso de la tristeza que oprimía a mi Santa Madre la Iglesia” (ibídem, n, 69).

Cuando Jesús le quiere premiar este sufrimiento heroico por la Iglesia, ella dice: “Yo Señor mío, no quiero otro premio que la restauración de la Santa Iglesia” (Diario, n. 82).

## **4. EN EL SEGUIMIENTO ESPONSAL EVAGÉLICO**

La visión inicial de Cristo crucificado (1842) fue determinante también para que M. Antonia quedara marcada por las exigencias evangélicas. El Señor le indicó el camino de “los consejos evangélicos”: “me dijo que los guardara con toda perfección” (Autobiografía, n, 3). Se trataba también de la fundación de “una Orden nueva, pero no nueva en la doctrina, sino nueva en la práctica” (ibídem, n. 7). Ya todo lo veía a la luz de “Cristo Crucificado” (ibídem).

En este sentido, el Evangelio, o “ley evangélica”, quedó impreso en su alma, especialmente tomando como modelo a los Apóstoles (cfr. Diario, n, 35). Su amor a la Iglesia equivaldría a su entrega para hacer realidad en ella la renovación evangélica: “Copia quiere Nuestro Señor de sus Apóstoles” (Puntos para la Reforma, n, 11). Las dificultades se podrían remontar con una fidelidad mayor a este encargo: “en conociendo el querer de Dios, ninguna dificultad se me ofrece” (Autobiografía, n. 7).

La atención se centraba principalmente en Obispos y sacerdotes, porque ellos debían “conformar sus vidas y costumbres con las de los Santos Apóstoles” (Puntos para la Reforma, n. 6). Para los Obispos, ello se traduciría en la predicación evangélica, el cuidado del clero y de los religiosos, la visita pastoral y la celebración periódica de los concilios. Tendrían que vivir en comunidad y en pobreza estricta, para hacer posible la renovación de toda la Iglesia. De este modo, estos “segundos Apóstoles” serían “copia de los primeros” (Autobiografía, n. 31).

San Antonio M<sup>a</sup> Claret sería el modelo y el iniciador de esta nueva reforma: “Este es, hija mía, aquel hombre apostólico que con tantas lágrimas, por tantos años seguidos, me has pedido” (Autobiografía, n. 19; cfr. *Ibidem*, nn. 32-34, 59-62, etc.).

La fundación del Instituto religioso tenía este mismo objetivo. Se trataba de la “imitación de los Apóstoles” (Reglas de 1862), para llevar una vida evangélica auténtica y poderla enseñar a otros. Ese era el lema del Instituto: “Guardar la divina Ley (el Evangelio) y cumplir hasta un ápice los consejos evangélicos, y a imitación de los Santos Apóstoles trabajar hasta morir en enseñar a toda criatura la Ley santa del Señor... Todas las personas que quisieran ser alistadas sean crucificadas para todas las cosas del mundo, despojadas de todos sus desordenados afectos y pasiones, para que puedan seguir las pisadas de Cristo nuestro bien” (Constituciones, Blanco y Fin).

La insistencia en el *modelo apostólico* es constante: “Jesucristo a sus queridos Apóstoles nos propone por modelos de este nueva Orden (Constituciones, Trat. 1<sup>o</sup>, n., 13). Quien es llamado a este seguimiento, “debe uniformar su vida, persona y costumbres con su Divino Maestro Cristo Jesús”. (El Misionero Apostólico, cap. 1, n.1). Por esto se pide “una perfecta imitación de sus virtudes como hicieron los Apóstoles y otros tantos santos a imitación de sus virtudes como hicieron los Apóstoles y otros tantos a imitación suya” (Constituciones Trat. 1<sup>o</sup>, cap. 2.n.2). De ahí deriva la devoción de M. Antonia a los Apóstoles, celebrando sus fiestas, tomando sus nombres, atribuyendo a ellos algunas gracias recibidas. Para ella era emblemático el hecho de haber sido bautizada en la fiesta de San Pedro y San Pablo.

Su vida espiritual, en consecuencia, se caracteriza por “una continua preocupación por los consagrados... Obispos, religiosos y sacerdotes” (Positio, cap. XX, p. 427), “para renovar el primitivo fervor de los primeros cristianos... por medio de sus segundos Apóstoles (Puntos para la Reforma, n. 81). Esta era su preocupación constante: “Las Ordenes Religiosas guardando y conformando sus vidas con las santas reglas de sus primeros fundadores, pues que toda regla aprobada por la Santa Iglesia, comprende toda la perfección cristiana” (ibídem, n. 7). “Pues que (los Obispos) gobiernan la misma Iglesia que ellos (los Apóstoles) plantaron, es preciso la rieguen con las mismas aguas que ellos la fecundaron” (ibídem, n. 11). “Interesa mucho que las monjas sean santas, y no monjas de conveniencia” (ibídem, n., 45).

Para llevar a efecto este objetivo de renovación eclesial, M. Antonia siguió el camino de la obediencia marcado por el Señor: “Hija mía, obedece siempre y en todo” (Autobiografía, n., 78). Era la orientación que había seguido desde los momentos iniciales de la Institución: “Obligamos a no apartarnos un punto de la voluntad de nuestros Superiores” (ibídem, n. 123). “La Santa Obediencia es indispensable (a la Orden) para darle el ser, forma y complemento... han de ser una copia vida de Jesucristo que con la obediencia redimió al mundo” (Constituciones, Trat, cap. 3, n. 1). “La obediencia es un holocausto en el cual el religioso todo entero... se ofrece a su Criador y Señor en el fuego de la caridad por manos de sus superiores” (ibídem, n, 13). En esta obediencia se fundamenta “la paz de los monasterios” (Carta 107).

La vida consagrada tenía sentido de *desposorio con Cristo*. La *castidad* está encuadrada en esta perspectiva positiva de amor esponsal. La despedida dolorosa de Tarragona para ir a fundar en Cuba, la narra M. Antonia como desprendimiento para unirse a Cristo Esposo: “tenía mis brazos ofrecidos a la Cruz de mi Señor Jesucristo, y mi corazón bien desprendido de lo que es carne y sangre” (Autobiografía, n, 131). “Todo lo arrostramos y todo lo abandonamos por amor a Jesucristo, deseosas de mayor perfección y de ocuparnos en su santo servicio allí donde las necesidades espirituales fuesen más apremiantes” (Carta 2).

Se sintió siempre indigna de esta vocación esponsal, pero plenamente gozosa y confiada: “Yo era indigna de tan alto desposorio” (Autobiografía, n 213). Recordaría siempre las palabras que le dijo el Señor el día de su profesión religiosa: “;e llamó tres veces “esposa mía”... “Hija mía, de aquí en adelante quiero estar sentado en medio de tu corazón como en mi propio trono” (Relación al Dr. Caixal, n. 9; cfr. Diario, n. 12). “Como esposa de Jesucristo bien puedes pedirme todo lo que quieras” (Diario, n. 14). Este sentido de desposorio lo contagió a sus hijas espirituales: “Reconociendo el inmenso beneficio que reciben de Nuestro Señor en admitirlas por esposas, que es la gracia más estimable que Dios puede hacer a una miserable criatura” (Carta 165).

La pobreza vivida en la armonía de la vida comunitaria, a imitación de Jesucristo y sus Apóstoles, y con plena confianza en la divina Providencia, es una característica peculiar de M. Antonia: “Me ha dado Nuestro Señor la gracia de haberle seguido con tanto desprendimiento de todas las cosas y tanta confianza en su Providencia” (Autobiografía, n. 91). Es pobreza demostrada en el trabajo: “Pobres las quiero yo, pero laboriosas” (ibídem, n. 88). Al ver l casa de Cuba en plena pobreza, decía con alegría: “Viva la Santa Pobreza, hermanas mías” (ibídem, n. 164). Así podrían ir “mirando la pobreza en que nació, vivió y murió mi Divino redentor” (ibídem, n. 191), porque “había de ser esta casa semejante a la Casa Santa de Nazareth y sus moradores” (ibídem, n. 224). A este consejo evangélico le llama “mi madre la Santa Pobreza” (Diario , n. 20. Por esto “no le disgusta a Nuestro Señor ni a María Santísima el ser tratados en casa pobre con fina pobreza” (ibídem, n, 67).

Era pobreza de “confianza ... en la Providencia divina, certísima siempre que sólo se hace lo que Dios quiere y no lo que p9ensan los hombres” (Autobiografía, n, 217). Servirá para que “las que vendrán aprendan a esperar en Dios contra toda esperanza” (Ibídem, n, 218). Por esto, “más quería ser pobre con Cristo, que tener rentas para repartir entre los pobres” (ibídem, 221). “En este punto está la nata de la perfección” (Relación al Dr. Caixal, n. 20). Para amar a Cristo crucificado, se pide en la Oración de la mañana; “enajenarme de mi misma y de todas las cosas de la tierra”. Este es el objetivo del Instituto, según las palabras del Señor: “Dar público testimonio a favor de mi pobreza evangélica” (Diario, n, 82).

Muchas dificultades de la Iglesia desaparecerían con la vida de pobreza; “Con la renuncia de los bienes temporales de las riquezas se calmaría la tempestad furiosa que amenaza por ahora” (Diario, n, 54). El Señor le había dicho: “No ves, hija, que me hagas casa, me sirva de balde?” (ibídem, n. 83). “Quiero, hija, que me hagas casa, que el mundo no me quiere dar” (ibídem, n. 97).

En punto de referencia de esta pobreza es la misma vida de Jesús: “Oh pobreza de mi Dios, quien pudiera heredar tus riquezas!.... Fu su compañera inseparable (de Jesús). Nace pobrísimo, vive en suma pobreza y muere en extrema necesidad, como fundamento de la vida evangélica” (Puntos para la Reforma n. 48). Es “Dios anonadado” (ibídem, n, 66), porque “El quiere ser nuestra posesión y herencia” (ibídem, n, 68), porque “El quiere ser nuestra posesión y herencia” (ibídem, n. 68). Las misioneras, al adaptarse a otras naciones, vestirán “de los más inferior que hay en las tierras o países donde vivan” (ibídem, n, 72; cfr.

Constituciones, Trat, 1º, cap. 2, n. 10) No es solo pobreza material, sino especialmente “un total desprendimiento de todo interés humano” (El Misionero Apostólico, ¡nº. 18. Por esto, “la perfecta observancia de la Santa Pobreza es la base y fundamento de esta nueva Orden” (Constituciones, Trat. 2º, cap. 2. n 64).

El desprendimiento de la pobreza lleva a la unión con el Señor y hace desaparecer los obstáculos de la vida comunitaria. “El Señor quiere ser nuestra porción” (Carta 33). “Todo es común porque en nuestra Orden todo es una Casa aunque tuviéramos ya mil fundadas... nunca se despide ningún pobrecito sin su limosna” (Carta 75). “Nuestra (Orden), por la misericordia de Dios, tiene vida común en todas las casas de la Orden, practicamos pobreza perfecta en cuanto cabeza la flaqueza humana” (Carta 154). “Observamos la vida común en toda su perfección... Todas las casas de la Orden forman una sola familia... con el trabajo de nuestras manos nos da la Divina Providencia todo lo necesario muy abundantemente” (Carta 179; cfr. Carta 358).

M. Antonia consideraba la pobreza como verdear riqueza. San Antonio M<sup>a</sup> Claret, al visitar la casa de Santiago de Cuba, decía: “todo pobrecito, todo pobrecito, todo arreglado” (Carta 52). Cita el ejemplo de San Francisco de Asís (Carta 161). Sus afirmaciones parecen reflejar la vida del poverello: “En cuanto a desprendimiento de los bienes de este mundo, yo no engo otros bienes que la Pobreza y Cruz de mi Señor Jesucristo, y aún de esto no me puedo gloriarse, porque son bienes de mi Señor” (Carta 164). Por esto, el convento se debe “conocer que es morada de personas religiosas” (Carta 182). Escribe a la priora de Reus aconsejándole más pobreza” “Conténtate, hija con lo que tienes, no sea caso que Dios te lo quite: tienes un rinconcito de celda sin deber un maravedí, sino muchas gracias a Dios (Carta 233). M. Antonia quiere, pues, “la perfecta pobreza de Nuestro Señor Jesucristo” (Carta 242), expresada en “no tener propiedad ni cosa que suene a eso” (ibídem, n. 97).

En los escritos de M. Antonia, se encuentran con frecuencia *frases sapienciales* que resumen toda la vida consagrada con pocas palabras. Las religiosas deben ser “unas copias vivas de Nuestro Señor Jesucristo” (Oración de la mañana), de suerte “que todos los que las traten perciban en ellas el buen olor de Cristo Nuestro Señor” (Carta 331). Por esto, “el fin del Instituto es la perfecta imitación de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, que nos enseñó de obra y palabra en su Santo Evangelio” (Carta 334; cfr. Carta 179).

A la luz del desposorio con Cristo, el *sufrimiento* equivale a compartir su misma Cruz. “El amor a la Santísima Cruz sea todo nuestro contento” (Carta 18). A la priora de Barbacoa (Cuba), ante los peligros por la insurrección, le recuerda la posibilidad del martirio: “gran dicha, hijas mías, ser mártires, y entonces Nuestro Señor les daría fortaleza y valor... nadie nos puede tocar un solo cabello sin el permiso de Dios” (Carta 227; cfr. Carta 3).

El amor a Cristo crucificado da sentido a las dificultades de la vida consagrada y apostólica: “Sólo me anima el no sentir dificultad en cosa alguna que sea para la mayor gloria de Dios, aunque hubiese de sufrir todos los trabajos de este mundo hasta el día del juicio; y aun esto me parece poco por el amor que me tiene mi dulcísimo Redentor....Sólo suspiro y deseo vivamente vivir crucificada con Cristo Crucificado” (Relación al Dr. Caixal, n. 15). Los recuerdos de su infancia ya llevan este mismo sello: “tan pronto como le conocí... ¡qué amor más puro e intenso a Cristo Crucificado! Todos mis deseos eran la santa Cruz y vivir y morir crucificada con Cristo” (Recuerdos, 1ª serie, n. 1). Al experimentar que compartía los mismos sufrimientos de Cristo, sentía “más gana de padecer por el amor del que tanto padeció por mí” (ibídem, 21ª serie, n. 1).

Se trata de sufrir “ por su amor...sufrir algo por su Esposo” (Diario, n. 40). Por eso si se califica a sí misma como “siempre amiga de la Santa Cruz!, es porque la vida se



comparte con el mismo Cristo: “has de ser semejante a mi, abraza la Cruz con todo el afecto de su alma... la humillación siempre te acerca más a mi” (ibídem, n., 75). Entonces se comprende que “toda la perfección evangélica consiste en la verdadera abnegación de nosotros mismos... siempre y en todo nos debemos negar si queremos ser perfectos” (Relación al Dr. Caixal, n., 19).

Uno de los deseos más explícitos de M. Antonia era el de la *unidad de la vida comunitaria*, basada en la caridad. Ya hemos visto cómo la vida de pobreza verdadera une a los componentes de la comunidad (cfr. Carta 179). “Todas nuestras casas han de ser una” (Carta 121),. “Hemos de ir todas a una” (Carta 141). “En nuestro Instituto, base principal es la mutua unión en todas las Casas, y formar entre todas una sola alma y un solo corazón bajo una sola cabeza” (Carta 198). Las Constituciones concretizan así: “una perfecta caridad y una fina armonía en el vivir como los miembros de un mismo cuerpo” (Constituciones, Trat. 1º. Cap. 1, n., 1).

Cuando describe la actitud de religiosas de Carcagente, que han de ir a fundar a Vélez Rubio, sintetiza la vida religiosa en una *vida de caridad*. “Sobre todo os recomiendo la Caridad entre vosotras, porque es vínculo de perfección Evangélica, y con ella van todas las virtudes; seréis cinco y no habéis de ser más que una... perfecta caridad; y por ella os conocerán que sois perfectas Religiosas, porque seréis pobres, obedientes, puras, mansas y humildes de corazón, que es lo que nos manda Nuestro Señor Jesucristo” (Carta 327).

## 5. PARA LA MISIÓN

La referencia continua a la imitación de la vida de los Apóstoles, se refiere no sólo al camino de perfección evangélica., sino también a la *acción evangelizadora*. Se trata de dos aspectos complementarios de una misma realidad. La vida apostólica se realiza por medio de la predicación apostólica acompañada del testimonio de propio encuentro con Cristo, de la vida de pobreza y de fraternidad.

Así deseaba M. Antonia que fuera la vida de todo grupo apostólico y, concretamente, de la comunidad sacerdotal en que vivía San Antonio M<sup>a</sup> Claret: “Aquí me presentó Dios la formación de la primitiva Iglesia, cómo se esparcieron los Apóstoles haciendo cada uno sus compañeros para ayudarles en la divina misión del Santo Evangelio. Como San Pablo se ayudó de Tito y Timoteo.... La palabra divina satisfacía a todos porque la veían cumplida en los que la enseñaban” (Diario, n., 16). Y así deseaba que vivieran todos los Obispos con su clero (cfr. Puntos para la Reforma, nn. 11-13).

En cuanto al Instituto religiosos fundado por ella y por San Antonio M<sup>a</sup> Claret, la evangelización se concretaba, en un principio, en la enseñanza gratuita a toda clase de niñas, en los Ejercicios Espirituales a señoras y en la disponibilidad para la misión universal según indicara la Jerarquía. “Caminando ellas a la patria celestial, procuren enseñar y hacer fácil a los otros el mismo camino... mirando en todo y por todo la conversión de todas las personas consagradas al servicio de Dios y de su santísima Madre” (Constituciones, Blanco y Fin).

El ideal era “trabajar hasta morir en enseñar a toda criatura la Ley Santa del Señor”, es decir, el evangelio. Era, pues, una disponibilidad plena para predicar el evangelio allí donde se les enviara. “Blanco y Fin principal de esta Orden es trabajar con todas las fuerzas de nuestras almas, no sólo en la propia santificación, sino que también en la de nuestros hermanos los prójimos” (Constituciones, Trat. 1º, cap. 1. N. 16).

El quinto voto o voto de misión indicaba el ofrecimiento incondicional al Santo Padre, para que dispusiera de ellas en cualquier parte del mundo; “un quinto voto que consiste en ofrecerse al Santo Padre... para ir a cualquiera de las cinco partes del mundo... para ayudar a los misioneros apostólicos a adoctrinar en la Ley Santa del Señor” (Constituciones, Trat. 1º, cap. 6, n. 1).

El hecho de que este quinto voto desapareciera es debido, por una parte, a las advertencias de Roma (12 de junio de 1869), que indicaban que tal misión dependía de la Congregación de Propaganda Fide. Pero, por otra parte, el instituto femenino se expandió en relación con los lugares donde se iban fundando casas del Instituto masculino.

Si M. Antonia afirma, en carta a Mons. Orberá (7 de julio de 1876), que el objetivo del Instituto era “la guarda de los Consejos Evangélicos y la enseñanza gratuita”, ello hay que interpretarlo en el contexto de la carta y a la luz del contexto misionero del mismo Instituto. Las religiosas serán enviadas “allí donde las necesidades espirituales fueren más apremiantes” (Carta 2). “Este Instituto Apostólico de mi fundación, consagrado exclusivamente a la enseñanza gratuita de la juventud según las leyes del Evangelio y de la moral cristiana” (Carta 399).

La oración contemplativa de M. Antonia es *una experiencia de encuentro con Cristo para poder anunciar el evangelio*, según hemos visto en el n. 1. De esta segunda parte. Con fina sensibilidad de mujer, ella propone como modelo a Santa Teresa de Jesús, “que convirtió centenares o millares de almas en la quietud de sus conventos” (Puntos para la Reforma, n, 57; cfr. Reglas de 1862, cap. 9, n. 14).

Su espíritu misionero queda descrito en la Positio: “Su preocupación abarcó a toda ala Iglesia universal en su geografía y en su estado” (cap. XX, p. 425). Para ella, la vida consagrada está impregnada de espíritu eclesial y, por ello mismo, de espíritu misionero. Toda religiosa debe tener “vivos deseos de trabajar por la santificación de sus prójimos sin descuidar la suya propia” (Constituciones de 1869, n, 20). La misma vida de pobreza no es más que la “llave maestra” para predicar el evangelio.

La vida evangélica, a imitación de los Apóstoles, es vida de *seguimiento radical para la misión*. “Mis segundos Apóstoles han de ser copia vida de los primeros, así ene el nombre como en las obras. Con la antorcha del Evangelio en la mano han de alumbrar a los hombres” (Autobiografía, n. 31). Se le explica la visión de la cruz en el cielo, de este modo, “aquella cruz significa esta Santa Orden... sus hijos han de predicar la cruz de Nuestro Señor Jesucristo” (Ibídem, n. 65).

*La referencia a los Apóstoles* es continua, para recordar que ellos “con su doctrina penetraron los corazones más obstinados, tanto que vinieron a encender a todo el mundo” (Constituciones, Trat. 1º, cap. 2, n. 3). Los segundos apóstoles “han de ser copia viva de los primeros... con la antorcha del Evangelio en la mano han de alumbrar a los hombres más sabios e ignorantes” (Puntos para la Reforma, n, 59). De este modo, “con la pureza y rectitud de su vida y doctrina convencerán a los sabios e ignorantes, reinos y ciudades, de la verdad del sagrado Evangelio” (ibídem, n., 81).

Esta misión apostólica no tiene fronteras, ni geográficas ni sociales,. Ya desde la experiencia inicial de vida consagrada, el grupo hizo “voto de atravesar los mares e ir a cualquier parte del mundo” (Autobiografía, n, 121). En aquellos momentos, el marchar a otros continentes equivalía a decir “el último adiós a mi patria” (ibídem, n, 131). M. Antonia describe la despedida de sus compañeras de misión “con la alegre modestia que presentaba la risa en sus labios” (ibídem, n. 137). No era un simple despedirse, sino el ansia de anunciar el evangelio: “¡Oh quién diese voces por todo el mundo, para decir cuál fiel

sois a vuestros amigos!” (ibídem, 140). “Quisiera dar voces a todo el mundo y animar a padecer algo, por quien tanto padeció por nosotros” (Relación al Dr. Caixal, n. 18).

Esta misión universalista se inspira en la misma misión de Jesús, quien sigue predicando a través de sus apóstoles: “Las palabras que hablé al pueblo comprendían a todos los pueblos que desde entonces han sido, son y serán... la ley que ellos (los Apóstoles) habrían de enseñar a toda criatura en todo el mundo” (Diario, n. 35). “Todo el mundo le debe ser patria al Misionero de Cristo, porque Nuestro Divino Redentor a todos nos vino a redimir mandando predicar un mismo Evangelio en todo el mundo” (El Misionero Apostólico, II, n. 10).

El Epistolario respira este mismo aire de apostolado que, a partir de la misión recibida del Señor, no tiene fronteras ni en el corazón ni en la acción. “Es esta santa ley el único imán de mi amor... es el concierto de su belleza mi continua meditación, y quisiera traerla escrita en la frente para enseñarla a toda criatura” (Carta 5). En la carta a Pío IX, escrita en latín, dice claramente que “el objetivo de la Congregación”, además de cumplimiento de los consejos evangélicos y de la propia santificación, es el de dedicarse “a la conversión y santificación de todo el pueblo cristiano; más aún, de todo el mundo” (Carta 82). Y cuando escribe al Prelado diocesano, afirma que están dispuestas a trabajar “en cualquier otro punto de su Diócesis o donde Dios Nuestro Señor quiera y su Em. Disponga” (Carta 1549, “con el fin de ayudar en la propagación de la fe católica por medio de la enseñanza cristiana” (Carta 260).

La misión se lleva a efecto concretamente por medio del servicio, la amabilidad, la acogida y la caridad sincera y generosa. La vida apostólica de M. Antonia se expresaba con estas cualidades por las que llegaba al corazón de la gente: “Siempre me dio Nuestro Señor grandísimo amor al prójimo, y mucho amor en sufrir sus defectos y malas condiciones, y siempre una persuasión de que ellos me sufren más a mi. Así andaba contenta con todos... Diome Dios una virtud tan atractiva en el trato con las gentes, que robaba los corazones para Dios., Nuestro Señor quería ganar muchos corazones para sí por medio de esta pecadora.... En el convento puso la educación de las niñas en pie, que estaba muy decaída” (Recuerdos y notas, 1ª serie, nn. 6-11).

La norma que hay que seguir en el actuar apostólico es la de San Pablo: “hágase todo para ganarlos a todos... Nunca hable mal del país en donde Dios le mandare,, El principal cuidado del misionero sea conformar su vida con Cristo. Así que no pierda de vista a su divino Modelo si quiere acabar la Misión que Dios le ha encomendado.... lleno de caridad para todos... ore... predique con Cristo predicando” (El Misionero Apostólico, II, nn. 8-9, 30-31).

En las Constituciones se señalan también algunas normas concretas de actuaciones apostólicas: “instruirse en todo lo necesario para la empresa” (Constituciones, Trat. 1º, cap. 6, n. 11); “un ardiente celo de la gloria de Dios” (ibídem, n. 12); “todas hablarán la lengua del país donde vivieren” (ibídem, cap. 8, n. 5). Y una norma que quedaba personificada en ella, es la que da al Dr. Caixal; “obras siempre sin ruido” (Carta 30).

Si se trata de la misma misión de Jesús, bien merece cualquier sacrificio, incluso hasta la disponibilidad de dar la vida con el martirio. Aludiendo al atentado que sufrió San Antonio Mª Claret el año 1856, dice: “¡Ojalá tuviéramos la dichosa suerte de sellar nuestra vida derramando nuestra sangre en confirmación de la ley santa del Señor!” (Carta 3). A las hermanas de Baracoa, que se encontraban en situación de peligro por la insurrección, les escribe: “gran dicha hijas mías ser mártires” (Carta 227).

Para esta misión universalista se necesita una actitud permanente de obediencia y de sacrificio. La carta n. 327 suena a testamento misionero de M. Antonia: “Dios nos llama a

una abnegación de nosotras mismas, para sin diferencia de lugares, de Naciones y de Provincias, sirvamos a la dilatación de su gloria, pura y simplemente, sin otro interés que el de agradarle dentro de la Santísima obediencia... ¿qué importa a un alma verdaderamente amante de Dios servirle aquí destinadas (como participantes del espíritu Apostólico) a ir a diversos lugares por dar a muchas almas el conocimiento de la perfección Evangélica... Amaos unas a otras... y viviréis en santa alegría espiritual... Id, pues, amadas hijas con la bendición de Dios Padre, la Caridad de Dios Hijo y el Amor de Dios Espíritu Santo. Amén” (Carta 327

## **CONCLUSIÓN: SÍNTESIS Y ACTUALIDAD DE UN CARISMA MISIONERO**

El carisma misionero de M. Antonia se puede resumir, pues, como encuentro vivencial con Cristo y con María, que la lleva a amar a la Iglesia su Esposa, entregándose sin reservas al seguimiento evangélico a ejemplo de los Apóstoles. Den encuentro, se pasa espontáneamente a la misión, donde, como y cuando el quiera. Se trata de la “audacia”, infundida por el Espíritu Santo, para “trasmitir a los demás su experiencia de Jesús y la esperanza que los anima”. (Redemptoris missio 24).

La actualidad de este carisma puede ratificarse con la simple lectura de la conclusión de la encíclica misionera de Juan Pablo II, Redemptoris Missio, como recordando la urgencia de renovar la Iglesia al estilo de la vida evangélica de los Apóstoles:

“Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responde con generosidad y santidad a las solicitudes y deseos de nuestro tiempo”.

“Como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo `con María la Madre de Jesús´ (Act. 1, 14), para implorar el Espíritu Santo y obtener fuerza y ardor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu”.

“María es el ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres”. (RMI 92).

## **Bibliografía**

ALVAREZ GOMEZ, Jesús, cmf.: Historia de las Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas, Roma 1980

ALVAREZ GOMEZ, Jesús, cmf.: Espiritualidad de las Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas, Barcelona, 1970.

JUBERÍAS, Francisco, cmf.: Por su Cuerpo que es la Iglesia. Semblanza Espiritual de la S. De Dios María Antonia París. Madrid, 1973.

PARIS, María Antonia: Escritos Autobiográficos, Puntos para la Reforma, Constituciones, Barcelona, 1985

PARIS, María Antonia: Epistolario, Roma, 1993

	INDICE
Presentación	1
Introducción	2
Datos cronológicos básicos	2
Parte I – Una vida al Servicio del Evangelio	4
1. Una vida convertida en Evangelio vivo	5
2. Escritos que reflejan un corazón enamorado de Cristo y de la Iglesia	8
3. Algunos rasgos peculiares de su fisonomía espiritual	14
Parte II – El itinerario espiritual de una vida misionera	18
1. Experiencia de encuentro con Cristo	19
2. Con María	24
3. Por la Iglesia	26
4. En el seguimiento esponsal evangélico	29
5. Para la misión	32
Conclusión: síntesis y actualidad de un carisma Misionero	36
	37
Bibliografía	

